



5

EL GIL BLAS

DEL

Siglo diez y nueve.

CUYAS AVENTURAS COMIENZAN CON LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA, Y CONTINUA CON LA RELACION DE LO PRINCIPALMENTE ACAECIDO EN ESPAÑA HASTA EL PRESENTE AÑO DE 1844.

Obra distribuida en libros y capitulos, à imitacion del antiguo Gil Blas de Santillana.

POR

D. J. F. G. G. S. Y T.

MADRID.

IMPRESA DE DON IGNACIO BOIX,
EDITOR, calle de Carretas, número 8.

EL CIL BIAS

1811

Segundo libro de...

RESERVA DE LA LEY DE
Y GONZALEZ GONZALEZ
PALACIO DE LA LEY DE
RESERVA DE LA LEY DE 1811

Esta obra es propiedad de su Editor D. Ignacio Boix, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima sin su consentimiento.

que describe en libros y capítulos á vista
cion del antiguo cil bias de...

por

D. J. G. S. Y. L.

MADRID

RESERVA DE LA LEY DE...

...

PROSPECTO.

Es ciertamente bien sabido de todos los profesores de la república literaria, que despues de la obra del Quijote de Cervantes, la historia de Gil Blas de Santillana es la que ha tenido mas séquito, y la que mas ansiosamente ha sido buscada por todos los amantes de la literatura española. Como en esta obra se pusieron de manifiesto todas las arterías, y vergonzosos actos del gobierno de Felipe III en el siglo XVII, de ninguna manera podia publicarse en España por la fatal Inquisicion de aquella época. El desconocido autor de ella tenia cierta introduccion en la embajada francesa, regaló su manuscrito á aquel embajador, y este hizo donacion de él á Mr. Le Sage, que suponiéndose autor de la obra, la pu-

blieó en francés como cosa suya. De aquí las reñidas cuestiones sobre si la obra era producción de un francés, ó de un español, hasta que el distinguido literato don Juan Antonio Llorente publicó su libro en París, probando demostrativamente en él ser una producción española, á cuyos argumentos no pudieron contestar todos los literatos de la Francia.

Viendo el autor de este nuevo Gil Blas del siglo XIX la fama y nombradía del antiguo Gil Blas del siglo XVII, se propuso estudiarlo muy cuidadosamente, y á imitación suya presenta al público su moderno Gil Blas del presente siglo. Las aventuras del primero comienzan en Oviedo, y siguen por Peñaflores, Cacabelos, Astorga, Valladolid, Toledo, Madrid, la Mancha, Valencia, etc. Las del segundo empiezan en Castilla la Vieja, y siguen por Astorga, las Babias, Somiedo, Peñaflores, Oviedo, Avilés, Jijón, Colombres, Santillana, Vitoria, San Sebastian, Bayona, Marsella, ciudad de Valencia y córte de Madrid. Dan principio estas aventuras por la guerra de la independencia, y siguen presentando la historia de lo esencialmente acaecido en ella, y la inesperada transformación por el decreto dado en Valencia en el 4 de mayo del año de 14. Siguen dando una razón de nuestro gobierno absoluto desde el año de 14 al 20, de nuestro

gobierno representativo desde el 20 al 23, y desde el 23 al 33 con Fernando VII y el señor Calomarde. Ultimamente están enlazadas estas aventuras con lo acaecido desde la muerte de Fernando VII hasta el presente año de 1844.

Las aventuras del Gil Blas antiguo versan en la mayor parte sobre ladrones y cómicos. Las del Gil Blas moderno sobre los políticos y política de nuestros días, y sobre nuestros raros y prodigiosos acontecimientos.

El Gil Blas antiguo se halla dividido en doce libros con sus capítulos correspondientes. El Gil Blas moderno consta igualmente de otros doce libros con sus pertenecientes capítulos.

Si el antiguo Gil Blas es una novela, el moderno Gil Blas es también otra novela con la historia de los 32 años de nuestros días.

Si el Gil Blas del siglo XVII no pudo publicarse en España por causa de la Inquisición, tenemos hoy en su lugar una libertad de imprenta para el Gil Blas del siglo XIX.

En una palabra, el instruido lector hará comparación del uno con el otro Gil Blas, y juzgará si el nuevo debe pasar á la posteridad como el antiguo.

Juzgará además el lector de las gracias del uno y de las del otro, y dará la preferencia á aquellas que le dicte su razón.

Finalmente, descubrirá el lector en este nuevo Gil Blas quién ha sido el autor del antiguo en el siglo XVII, puesto que ninguno lo ha podido descubrir hasta el día de hoy.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Historia de D. Gonzalo Castromonte, hijodalgo notorio etc.—Casamiento de este señor con doña Casilda Perez, mayorazga, y descendiente de la antigua familia de los Santillanas.—Esterilidad de esta señora, y entrada en su casa de un sobrino suyo, llamado Gil Blas.

Entre los límites que dividen el reino de Leon del de Castilla (el curioso lector averiguará los linderos) vivia á principios del siglo XIX don Gonzalo Castromonte, rico hacendado, *hijodalgo notorio, de casa y solar conocido, de armas poner y pintar*. Cualquier otro historiador pondria aquí una nota aparte, al fin de la plana, ó al fin del libro, para instruir al lector de la interesante gerarquía de los hidalgos; pero yo no quiero interrumpir con notas mi interesante

historia. Digo pues, que en los archivos del empadronamiento ó de los padrones hay esta notable diferencia entre los hidalgos. El que no es plebeyo está anotado por hijodalgo; pero nada mas, y esto es lo bastante para no pechar, ó pagar el tributo de los plebeyos. El que, aunque es hidalgo, es algo mas, está anotado con el aditamento de *hijodalgo notorio*. El que se halla en un grado mas alto, está inscrito con las adiciones de *hijodalgo notorio de casa y solar conocido*. Y últimamente, el que monta por encima de todos los hidalgos, se halla inscrito él y sus progenitores (pero no hasta Adán, ni aun hasta Noé) con el último timbre de *hijodalgo notorio de casa y solar conocido, armas poner y pintar*. (Véanse los archivos de los padrones; y corto otra nota.)

Era pues, nuestro don Gonzalo Castromonte un hidalgo castellano que podia andar á caballo sobre muchos hidalgos de Castilla, porque se hallaba empadronado con el altísimo timbre de *armas poner y pintar*. Envanecido con esta para él interesante alcurnia, se dedicó con esmero á aprender á leer la letra antigua, y consiguió ponerse al corriente de antiguos pergaminos y añejas ejecutorias. En su edad de cuarenta años se hallaba soltero aun, por la dificultad que encontraba de enlazarse con una fa-

milia que no le igualase en la antigüedad de la nobleza, pero habiendo leído en un añejo y roído manuscrito que los *Perez* eran descendientes de la familia de Gil Blas de Santillana, porque su tío el canónigo se llamaba y apellidaba Gil Perez, y era hermano de la madre de Gil Blas, se le puso en la cabeza buscar una novia de este apellido.

Llegó por fin á su noticia que en uno de los pueblos del reino de Leon habia una mayorazga de su misma edad, que no habia querido casarse, porque ninguno de sus pretendientes acreditaba en sus padrones el timbre de *Armas poner y pintar*. Tenia por nombre y apellido esta ilustre señora del reino de Leon *doña Casilda Perez*. Cátenme Vds. aquí, señores lectores, declarado pretendiente de esta jamona mayorazga á nuestro ilustre señor don Gonzalo Castromonte. Emprendió, pues, presentar por sí mismo su ilustre persona á la ilustrísima señora mayorazga, llevando consigo su correspondiente escudero, y salieron de su pueblo á caballo estos dos andantes, muy parecidos á don Quijote y Sancho Panza. Iba este montado en cierto rucio que, ademas de su persona, soportaba el peso de unas grandes alforjas que contenian por un lado una buena cantidad de provisiones de boca, y por el otro servia de

contrapeso un gran saco atestado de antiguos pergaminos y añejas ejecutorias.

Con la notabilidad de estos antiguos documentos se presentó nuestro rancio hidalgo en el castillo de la ilustre señora doña Casilda. Una antigua dueña del palacio salió al recibimiento del señor don Gonzalo, y preguntándole á quién buscaba, respondió: ¿No habita dentro de estos vetustos muros la señora doña Casilda Perez, descendiente de una de las mas ilustres familias del reino de Leon?—Sí señor, contestó la dueña.—Pues hágame V. el favor de pasarla recado diciéndola, que el nobilísimo hidalgo don Gonzalo Castromonte, descendiente por línea recta de una de las familias mas antiguas de Medina, pretende hablar un rato con ella á solas. Partió la dueña á participar á su señora esta nobilísima y singular embajada, de la cual enterada, contestó. ¡Conmigo á solas! Pero de un nobilísimo hidalgo nada debo temer: mándale entrar en el salon de los antiguos cuadros, mientras me preparo para recibirle. Llevaba don Gonzalo sus documentos envueltos en una badana de color verde, y al ver en su presencia á la señora doña Casilda Perez, la dijo:—Ya reconozco, señora ilustre, que no vengo engañado en mis sospechas de noble hidalguía. Esa antigua cofia, y ese vetusto tontillo, me las

confirman.—Tampoco puedo yo dudar, contestó la señora, que ese casacon á la antigua española pertenece á la mas remota antigüedad.—Cuando Vd. pudiera dudarlo, repuso don Gonzalo, aquí traigo á su disposicion mis documentos justificativos. No me desagrada el apellido Castromonte con que Vd. se ha anunciado, dijo la señora; y descendiendo Vd. de las ilustres familias de Medina, tal vez resultará el entronque con el antiquísimo apellido de que habla el autor *Trelles* en su *Asturias ilustrada*.

—Ya sé, señora, que dice ese autor *que del apellido Pollino los hay muy nobles en Medina*. En los mismos términos lo he leído yo en ese señor Trelles; pero dígame Vd., señor Castro, entre el Pollino y el Asno ¿no hay una notable diferencia?—Sí señora que la hay, y muy grande, segun mi diccionario. En él le insinuaré á Vd. (cuando se digne tener mi casa por suya) que el Asno es un animal cuadrúpedo con casco y las orejas muy largas; pero *el Pollino se entiende regularmente hoy por cualquier borrico*. Estos descenden de la mas remota antigüedad, y por eso el señor Trelles afirma, que los que provienen de esta casta son muy nobles; pero esta nobleza no se halla sino en Medina.

Pues sepa Vd., señor don Gonzalo, que la

mia es originaria de las Montañas de Santander, donde son nobles hasta los sacristanes, las campanas, y las calderetas de las pilas de bautismo.—Si no mienten mis pergaminos, dijo don Gonzalo, las cenizas de sus progenitores se han de hallar hácia Santillana, patria del originalísimo Gil Blas que nunca fué mas francés, que Mr. Lessage español.—En el árbol genealógico de mis antepasados, continuó la señora doña Casilda, resulta el entronque de los Santillanas con mis ascendientes por línea recta, y Gil Perez el canónigo de Oviedo por la transversal.—Caballito, exclamó don Gonzalo; eso mismo es justamente lo que he leído yo en mis antiguos manuscritos, y por lo tanto vengo á ofrecer á la descendiente de los Perez mi persona, mis palacios, y mis haciendas, que unidas por un contrato matrimonial á las que Vd. posee, podrán causar la admiracion de los dos reinos de Leon y Castilla.

—¿Qué timbres y blasones representa su piedra de armas, preguntó doña Casilda? Un pino en campo verde con un leon de muy horribles melenas, respondió don Gonzalo.—Oh! Los pinos son muy antiguos, repuso la señora, aunque yo no he podido averiguar aun si hubo antes pinos que leones. Las armas de los Perez representan jabalíes, osos y lobos, horcas y cu-

chillos.—Los cuchillos, dijo don Gonzalo, los tenemos en uso en Castilla, pero no así el de las horcas cuyo privilegio se nos ha usurpado infringiendo nuestros antiguos fueros.

—Pues, señor de los Castros y de los Montes, dejará Vd. aquí por dos días todos sus pergaminos, llevará Vd. los míos, entre los cuales irá un estado de mis rentas y alcabalas, porque no dudo que Vd. traerá también otro estado de las suyas, y visto por una y otra parte conferenciaremos. Quedaron, pues, los documentos del señor don Gonzalo en el poder de doña Casilda, llevándose los de esta el señor Castromonte. A los dos días se vieron los dos futuros, y habiéndose sentado juntos en un antiguo camapé, se miraban uno á otro sin decirse una palabra. Rompió primero el silencio el castellano, y dijo:—Y bien, señora: ¿podremos ya saber si hemos nacido el uno para el otro? —En órden á nuestros estados y antigüedad de sangre, si señor; pero por lo correspondiente á nuestro físico, observo bastante desigualdad. Es mucha la espaldaza de Vd., señor don Gonzalo; no es posible que pueda yo resistir el peso de tanto hueso y tanta carne.

—Señora, dijo el castellano, no se crían aquí parecer menores tomos en el reino de Leon, pues no creo que haya tres libras de diferen-

cia en el peso de los dos.—Vd. se engaña, señor don Gonzalo, por las apariencias: todo este ropaje hecho á la antigua española me hace parecer lo que no soy; pero en mi bodega tengo una muy grande y muy fiel balanza y ahora mismo vamos á pesarnos los dos, y salir de dudas. Si tampoco en esto no hubiese notable discrepancia, me parece que ya podremos decir que hemos nacido el uno para el otro. Se bajaron en efecto los dos á pesar sus carnes, formando empeño la señora mayorazga, en que don Gonzalo se habia de sentar el primero en uno de los dos lados. Depositó pues don Gonzalo sus gruesas posaderas en uno de los tablones, y tendidas por el suelo sus piernas y gordas pantorrillas, dejaban media vara en alto el tablon opuesto. Al colocarse de golpe en él la señora del tontillo, arrojó á lo alto con tal fuerza al castellano, que si no se hubiera asido cuidadosamente de las cadenas, hubiera venido al suelo con toda su humanidad; pero consiguió con esto hacer subir á lo alto á su futura: y ya subiendo ya bajando la una y el otro, se columpiaron medio cuarto de hora con este arriba y abajo, hasta que por fin se puso la balanza en su fiel, arrojando ocho arrobas de cada lado sin la diferencia de una onza en ninguno de los dos.

Quedaron pues convenidos con esta iguajacion de carne y sangre de haber salido desde el vientre de sus madres, doña Casilda para don Gonzalo, y don Gonzalo para doña Casilda, y acordaron verificar la boda á los ocho dias. Se realizó en efecto con la pompa y solemnidad correspondiente, y al siguiente dia despachó don Gonzalo á su escudero con las debidas órdenes de hacer los preparativos para recibir á su ilustre esposa. Partió ésta con su novio y con el correspondiente acompañamiento de su pueblo, y al entrar en el palacio del *Pino en campo verde*, exclamó: ¡O decretos impenetrables del Criador! ¿Quién me habia de decir á mí que estaba yo destinada para perder mi virginidad en el centro de estos muros, y tal vez para concebir, parir, y criar hijos para el cielo? Pero se engañaba en sus juicios temerarios la señora mayorazga, por cuanto en sus ya muy cumplidos cuarenta años no se realizaron sus buenos deseos, y habiendo ya perdido toda esperanza de verlos confirmados, resolvieron los dos esposos traer á su compañía un sobrino de la señora, llamado Gil Blas Perez que habia quedado huérfano á la edad de seis años.

(Quedan en pensamientos con esta igno-
 ranza de cómo y cómo se había estado desde
 el punto de su salida, hasta donde para don
 Quixote, según él decía, para don Quixote,
 se acordaron volver la noche a los ocho días.
 Realizó en efecto con la pompa y solemnidad
 correspondiente, y al siguiente día despa-
 ró don Quixote a su encuentro con las diablas or-
 denes de hacer los preparativos para recibir a
 su illustre esposa. Partió ella con su novio y
 con el correspondiente acompañamiento de su
 padre, y al volver en el palacio de Vinca es
 campo suyo, saliendo. Ocurrió en repetidas
 veces del mundo. ¿Qué me habéis de decir a
 mí que estaba yo destinada para ser en un
 mundo con el resto de estos mundos, y tal vez
 para ser como yo, y como otros más?
 ¿Puedo yo saber en sus libros, como yo
 sé, lo que yo sé, por donde yo sé, y por
 caminos que yo sé, no se cobraron sus
 intentos, y habiendo ya perdido toda es-
 peranza de ellos, como yo sé, resolvieron los
 dos, según trae a su compañía en sobreño de
 la agona, cuando él dice: Força que había
 quedado pensando a la edad de seis años.

Pasa Gil Blas á recibir su educacion en Salamanca.—Estudios y carreras que emprendió y no concluyó.—Vida y costumbres suyas en aquella ciudad, y su regreso á la casa de sus tios.

Vino pues al palacio del *Pino en campo verde* el huerfanito, el cual fué recibido de sus tios con la mayor complacencia, por quanto le miraban y consideraban ya como el único fruto de su esterilidad. Presentaba el chico en su aspecto las mejores disposiciones para ser con el tiempo un segundo Gil Blas de Santillana. Sabian de memoria sus dos tios todas las aventuras del sobrino del canónigo, y se propusieron educarle con la misma idea de prepararle para correr el mundo á su debido tiempo. Pareciéndole á don Gonzalo que los primeros rudimentos los podia recibir de él, le compró una cartilla, y consiguió en pocos dias hacerle conocer todas las letras del abecedario. Le puso en seguida al b, a, ba, b e, be, b, i, bi, b, o, bo, b, u, bu; mas al llegar al ga, ge, gi, go, gu, jamás pudieron entenderse el tio y el sobrino, por quanto el maestro no supo explicar á su discípulo cuando son suaves ó fuertes estas sí-

labas. Aprendió pues Gil Blas á leer con el maestro su tío jato por gato, quijote por gigote, mis hijos por mis higos, y los tres reyes majos por los tres reyes magos.

Reconociendo entonces el señor hidalgo que no habia nacido para *Dómine*, dijo á su costilla:—Casilda, si por el pueblo se sabe que yo ejerzo el oficio de maestro de escuela, ¿qué dirán de mí? ¿Qué podrán decir, replicó la señora? Dirán que ejerces una de las mas nobles y difíciles profesiones, cuál lo es la de saber enseñar. Yo recuerdo haber leído en mi librería que para desempeñar debidamente una profesion (esta) era necesario tener grande entendimiento, mucha ilustracion, y consumada prudencia; en una palabra, que era preciso haber nacido para ello.—Eso se entiende, mujer, que lo dicen por los catedráticos de las universidades que saben enseñar la filosofía, las leyes y la teología.—No marido, que lo dicen por los maestros de la escuela que enseñan los primeros rudimentos á los niños, con los cuales es muy difícil entenderse por falta de comprension en su corta edad, los unos de una singular viveza, los otros de una marcada dejadez, y todos diferentes en la complexion, en las potencias, en los usos y costumbres adquiridos en las casas de sus padres, en una palabra, tan distintos, que para

cada uno debia haber nacido un maestro particular. Y aquel que se halla con treinta ó con cuarenta niños para darles á todos la primera enseñanza, que viene á ser la primera educacion, si ha de desempeñar bien su encargo, es preciso que, haciéndose casi niño como ellos, se acomode al carácter de cada uno, lo cual es muy difícil, si no imposible, cuando son muchos. Así que no estrañaré yo que tú no hayas nacido para ello, como ni tampoco varios otros que hacen de maestros debiendo ser discípulos, de donde provienen tantos males á la sociedad por la mala direccion de la enseñanza. Cuando vayamos á mi pueblo ya leerás en mi pequeña librería cuanto se ha escrito sobre esto; pero entretanto convengo en que enviemos á Salamanca á Gil Blas á la casa de tu prima doña Casimira, puesto que esta se halla adornada de las mejores prendas, segun me aseguras.

En efecto á muy pocos dias trasladaron á Gil Blas á la casa de la prima de don Gonzalo, que por no habersele presentado un pretendiente de su alcurnia, conservaba su virginidad en Salamanca en su edad de cincuenta años, con muy buenas rentas sobre haciendas *de pan llevar* como se suele decir. Recibió con la mayor afabilidad al huerfanito, y al punto le buscó

los mejores maestros para su primera y segunda enseñanza. Continuó pues Gil Blas en la casa de esta buena señora por el espacio de doce años, sin volver en ninguno de ellos á la casa de sus tíos. Allí se formó en cuerpo y alma, como se suele decir, estudiando y aprendiendo mucho bueno y mucho malo en aquellos colegios, y en aquella tan célebre universidad, fundada por el rey de Leon Alfonso IX en el año de mil doscientos. Estudiaba ademas por otros libros que no se enseñaban en aquellas cátedras, y como leyese en ellos que se debía olvidar mucho de lo que en aquellas se enseñaba, no las frecuentaba con toda devocion. La tenia sí muy grande á pasearse por tardes y mañanas á las orillas del Tormes, cuando se hallaba entre sus manos con alguna obra de aquellas que mas lisonjeaban su espíritu. Efectivamente tuvo ocasion de leer algunas de mérito, que le facilitaban sus discípulos, con los cuales conferenciaba sobre su contenido, y consiguió por este medio ponerse al corriente de algunas ideas que tal vez eran desconocidas á sus catedráticos.

Como no le hubiesen insinuado sus tíos, ni ja señora en cuya casa estaba, la carrera que debía emprender, no se fijó en ninguna, y para tener una idea de casi todas ellas, se propuso

asistir, cuanto le fuese posible, á las cátedras de filosofía, leyes, teología y medicina. En una de sus obras favoritas habia leído que todas las ciencias tienen tan íntima relacion entre sí, que es un imposible saber ninguna sin estudiarlas todas, y esto fue lo bastante para persuadirse que lograria ser filósofo, jurisconsulto, teólogo y médico, todo á un tiempo. Conseguió de este modo tomar alguna idea de estos cuatro diferentes estudios, y viendo que algunos de sus conocidos menos aplicados que él, se graduaban de doctores, no tuvo la menor duda en que él obtendria tambien las cuatro borlas y los cuatro grados, si los hubiera pretendido: pero conociendo que estos no tenían el don de la ciencia infusa, se propuso probarlo á sus nuevos doctores argumentando con ellos en los paseos y frecuentes reuniones que acostumbraban tener de todas clases. Muy luego se desengañó de que sus amigos se habian quedado tan ignorantes con el grado como lo eran antes de él, con solo la diferencia de ver en ellos una mayor dosis de vanidad y orgullo.

No le costó trabajo disimularles esta simplicidad; pero cuando notó que en la presencia de las señoritas, que todos obsequiaban, quisieron darse la importancia de doctores, no

lo pudo ya sufrir, y se propuso desde entonces abatirles su escesivo amor propio. Se le presentó esta ocasion en una tertulia con uno de los mas presumidos. Se llamaba este don Cornelio Cabeza de Vaca, y solia frecuentar una casa de la amistad y confianza de Gil Blas. Supo éste preparar á todos los de la tertulia para dar una zumba al presumido doctor cuando viniere allí por primera vez despues de haberse graduado. Se presentó en efecto el referido don Cornelio dándose la debida importancia por su graduacion, y todos á una voz comenzaron á esclamar: ¡señor doctor! ¡Oh señor doctor! Sea muy enhorabuena, señor don Cornelio. ¡Cuánto celebramos esa distinguida condecoracion, que tan justamente Vd. se merecia por su talento, estudios y aplicacion! Aunque sin ninguna de estas cualidades han conseguido el grado otros varios, ya sabemos aquí que á Vd. solamente se lo han conferido por hacerle justicia.

A todo lo cual contestó el señor doctor: mi grado, mi borla, y la cátedra, que pienso obtener dentro de pocos dias, está todo á la disposicion de Vds., señores míos. A este tiempo preguntó una de las señoritas: Y dígame Vd., señor doctor, cuando vd. se case hemos de llamar señora doctora á su esposa sin haberse

graduado? Las borlas, señores míos, no suelen darse al femenino sexo, pues aunque llamamos doctora á Santa Teresa no consta de la historia haberla visto ninguno con la borla puesta. Por lo demas ya sabemos todos que las mujeres de los doctores son doctoras. ¿Y si estas señoras no saben latin, continuó la señorita? A este tiempo tomó la palabra Gil Blas y dijo: esas ya son sátiras ó indirectas del uno al otro sexo; pero de ninguna manera puede aplicarse al señor don Cornelio, porque me consta que lo mismo posee el latin de Ciceron, que el de Cayo Salustio.—Otro tanto puede decirse de mi falderito Cupido, repuso la señorita, porque si le examinamos por los dos autores, lo mismo responde por el uno que por el otro.—Poco á poco, señorita, replicó Gil Blas, porque si nuestro don Cornelio no fuese un gran latino, hubiera salido reprobado, y aunque sacó 11 RR. en su título, ya sabemos que ha sido porque en el claustro hay algunos *Cabezas de Buey* enemigos declarados de los *Cabezas de Vaca*.

Don Cornelio, que vió descubierta allí la porquería de las 11 RR. en su título, dijo, que un amigo le estaba aguardando en la calle, y se ausentó de la tertulia diciendo allá para consigo, que todo esto era una envidia de Gil

Blas porque no era doctor. La señorita que le habia satirizado preguntó á Gil Blas, si don Cornelio siendo un señor doctor, se casaria con la Paca hija de Julian el zapatero á quien obsequiaba tanto; y Gil Blas le contestó que los *Cabezas de Vaca* eran de una distinguida alcurnia de Castilla, y que jamás consentirian enlazarse con la horma y el zapato.—Pues yo no reparo, repuso, la señorita, en casarme con un descendiente de Caco, con tal que me haga pasar buena vida.

Concluida la tertulia, se fué Gil Blas á visitar una de sus queridas. No tenia mas que cuatro, de todas las cuales era correspondido, porque ya habia puesto él buen cuidado en que no supiesen las unas de las otras. Se dirigió pues á la casa de su Marcelina, graciosa morenita de 18 años, hija de la señora Eusebia la tabernera, que habia enterrado á su difunto Toribio, por haberse precipitado por un despeñadero á consecuencia de una de sus turcas. Apreciaban mucho, tanto la madre como la hija las visitas de Gil Blas, no solamente por su buena figura y agradable trato, pero mucho mas porque ya habian averiguado que era de una casa rica que no tenia sucesion. Contaban ya con abandonar su taberna antes de verificarse la boda, por cuya razon recibian siempre á

Gil Blas obsequiándole con unas ricas magras, y una botella de lo caro. Sabia este hacerse querer de las dos con tal gracia que hasta la madre casi sentia haber parido la hija. Tal era el arte que poseia Gil Blas para atraerse las voluntades como se suele decir, que de todos era querido y deseado. Este arte de agradar no se lo habian enseñado en las catedrás de filosofía, leyes, teología y medicina que frecuentaba, pero él lo habia aprendido fuera de la universidad, y lo desempeñaba perfectamente. Así es como era admitido con agrado no solamente en las casas del bajo pueblo, sino tambien en las de la mayor categoría. El habia leído en sus obras favoritas, que para conocer el mundo y los hombres era preciso frecuentar el trato con todas las clases del Estado, y que este no podia ser bien gobernado sin que sus gobernantes hiciesen lo mismo. Visitaba pues por el dia las casas de distincion y por las noches las demas.

Tenia entre estas otra de sus queridas, llamada Dorotea, muy linda y muy vivaracha y atrevida. Era esta una hija única de un rico asentista, que no contaba el dinero sino por sacos y talegos, puestos al cuidado asi del padre como de la hija que ciegamente enamorada de Gil Blas, llenaba los bolsillos de és-

te de pesos duros, que le hacia tomar á la fuerza. Así es como viéndose siempre con dinero desempeñaba un sobresaliente papel entre sus compañeros con los cuales disponia sus meriendas y francachelas, para llevar con gusto la vida escolástica. Con este motivo solia retirarse demasiado tarde algunas noches, dando muy malos ratos á la criada que le estaba aguardando con la cena. Viéndole venir en una de ellas á las tres de la mañana le dijo:—señorito, esto ya pasa de marca, Vd. precisamente se halla enredado con alguna tunantuela que le tiene mal entretenido, y con la cual come y bebe mas de lo regular, porque yo observo que el aliento que despide al venir no es de agua clara, y la cena me la deja vd. sin llegarla á los lábios. Nada de esto sabe la señora, pero yo se lo voy á participar, porque no quiero cargos de conciencia.

Viéndose Gil Blas al peligro de ser descubierta su vida y milagros, se abrazó con su Catalina, que así se llamaba la criada, y la dijo:—¿Cómo es posible, prenda mia, que yo me entretuviera con ninguna otra de Salamanca estando tú en mi compañía? ¿Pues no has conocido, querida, que siempre te he mirado con buenos ojos aunque tu no me hayas correspondido?—Como Vd. no me lo ha dicho de palabra,

contestó Catalina, nunca lo he maliciado.—Pues ahora te lo digo, y te pregunto: ¿De qué han de ser los pendientes que te voy á comprar mañana, de coral abrigantado, ó de plata sobredorada?—A mí me gustan mas los dorados, y que parecen de oro aunque no lo sean.—Pues no dudas, Catalina mia, que mañana te los pongo yo mismo en tus orejas, para que te desengañes de que no puede haber ninguna otra á quien yo quiera tanto como á tí.

A la siguiente noche, abrazándose Gil Blas con la criada colgó los pendientes de sus orejas, con lo cual ya no dudó Catalina de que Gil Blas, no solamente la queria, sino que la adoraba. Con esta dulce ilusion ya no acertaba á barrer ni á fregar, porque á todas horas y á todos los instantes estaba con el pensamiento en los abrazos de Gil Blas; pero viéndole venir otra noche ya muy cerca de rayar la aurora, la acometieron los celos con tal furia, que rechazó brúscamente y con un retorcido hocico todas las caricias del señorito de la casa. Se propuso pues averiguar sus pasos, y encargó á una amiga suya siguiese los de Gil Blas hasta descubrirle su madriguera. Desempeñó la amiga tan cumplidamente su encargo, como lo suelen hacer unas por otras en comisiones de esta especie. Averiguó de cierto que este señor es-

colástico retozaba por la noches con la hija de la señora Brígida que vivia en un cuarto bajo, cuyas rejas daban á la calle, desde la cual se oian los requiebros que se decian los dos medio enamorados, aplicando bien el oido á una de las rejas. Al punto se lo participó á la Catalina, y se propusieron entre las dos salir á la una de la noche á escuchar los coloquios de Gil Blas con su querida. Oyeron en efecto á éste llamar á su Lorenza la hermosa entre todas las hermosas, y asegurándola que estaba ciegameute enamorado de ella, la dió un amoroso pellizco. La Lorenza le contestó con otro, haciendo cosquillas á su Gil Blas, que la decia: no me las hagas por los riñones, mona mia, porque no las puedo sufrir.—Tampoco las puedo yo aguantar por las piernas y por los muslos, y sin embargo no te digo nada.

La Catalina que tal oyó y entendió, partió de allí con su amiga, y transformada en una leona, se fué á despertar á su ama, y la dice: —Levántese, señora, y venga á cerrar la puerta con llave para que el señorito no me eche á mí la culpa. Todas las noches duerme fuera de casa, y no vuelve á ella hasta rayar el dia. Le huele el aliento á vinos y licores cuando viene, y no prueba la cena que le tengo preparada. Yo ya no tengo duda de que está mal

entretenido, y por mas que le amenace con darle á Vd. parte de todo, no se enmienda. Estoy ya cansada de sufrir las malas noches que me hace pasar, y no quiero mas cargos de conciencia. Se levantó la señora Casimira á poner por obra lo que su criada le aconsejaba, y quedándose Gil Blas en la calle por aquella noche, le recibió la prima de don Gonzalo á las nueve de la mañana, diciéndole: ya estoy enterada, hijo mio, de toda tu vida y milagros: prepárate para salir esta tarde para la casa de tus tios, que cuidarán de tu persona mejor que yo lo puedo hacer, y evitaré así reconvenciones, y cargos de conciencia.

enojado, y por más que le amonare con darme
 a 74 parte de todo, no se enmendaba. Estoy
 ya cansado de sufrir las malas noches que me
 hace pasar, y no quiero más cargas de con-
 ciencia. Se levanto la señora Casimira a poner
 por obra lo que su criada le aconsejaba, y que-
 ríndose en Blas en la calle por aquella noche,
 le recibió la prima de don Gonzalo a las nueve
 de la mañana, diciéndole: ya estoy enterada
 por mí de toda tu vida y milagros; prepárate
 para salir esta tarde para la casa de tus tíos, que
 cuidarán de tu persona mejor que yo lo puedo
 hacer, y están las reconvenções y cargas
 de conciencia.

CAPÍTULO III.

Examinan los tios à Gil Blas sobre sus estudios en Salamanca.—Diálogo curioso sobre este exámen entre los tios y el sobrino.—Salió este reprobado por sus estudios y doctrinas salamanquinas, y es despedido de la casa de sus tios.

Montó á caballo Gil Blas á las dos de aquella tarde con un criado de acompañante, y salió de Salamanca para el palacio del Pino en campo verde, sin poder indagar quien habria informado á la señora doña Casimira de sus travesurillas. No podia persuadirse que la Catalina con sus pendientes colgados de las orejas, usase con él aquella mala partida, y solamente lo atribuía al nuevo doctor don Cornelio Cabeza de Vaca, en desquite de la pasada burla de la tertulia. Cuando le vieron sus tios en el palacio del Pino, le dijeron:—¿Cómo tu aquí sin haberte llamado? ¿Has concluido ya tus estudios? Traes carta de nuestra prima doña Casimira? A cuyas tres preguntas contestó Gil Blas:—Ni traigo carta de la señora prima; ni sé si Vds. me han llamado; ni puedo saber si he concluido mis estudios, porque no puede saberse cuando el hombre debe dejar de estu-

diar por saber ya lo bastante. —Pero la carta de Casimira no puede faltar, dijo don Gonzalo: vamos, tu la traes, y tal vez no te acomodaré que la veamos. Ya he dicho que no traigo carta alguna, dijo Gil Blas, y en las cátedras de Salamanca no se aprende á mentir. Pero vamos claros: Vds. han abonado á la señora doña Casimira todos mis gastos en Salamanca? Porque si no lo han hecho, no extraño yo que se cansase ya de suplirlos. Por otra parte, le habrá parecido razonable que despues del largo espacio de doce años, viniese á hacer á Vds. una visita.

—Todo eso está bien, dijo doña Casilda, pero la carta no puede faltar. Veamos si acaso la trae el mozo que viene contigo. Le llamaron, y preguntado, respondió: que la señora no le habia dado carta alguna, y que solamente le habia encargado volver con el caballo despues de dejar al señorito en el palacio del Pino (en campo verde). Era efectivamente doña Casimira toda una señora de circunspeccion y consumada prudencia, y no le parecia razonable indisponer á los tios con el sobrino, por cuya razon se propuso guardar silencio sobre las advertencias de la Catalina.

Sentados en un antiguo sofá los dos tios con el sobrino en medio, pasó entre los tres el siguiente

DIALOGO.

D. GONZALO. Y veamos, Gil Blas, ¿qué estudios has seguido en Salamanca?

GIL BLAS. He asistido á las cátedras de filosofía, leyes, teología y medicina.

D. GONZALO. ¿Y cuál de esas carreras es á la que mas te inclinas?

GIL BLAS. A ninguna.

D. GONZALO. Pues á mí no me desagradaria que hubieras seguido la de las leyes, y verte recibido de abogado, para defender los pleitos de la casa. Estoy ya cansado de alojar doblones al licenciado Calleja de la chancillería de Valladolid.

GIL BLAS. ¿Y ese señor licenciado le ha ganado todos los pleitos?

D. GONZALO. Aunque todos los he perdido no ha sido por culpa suya, porque he asistido yo mismo á sus defensas, y casi temblaban los jueces al oirle. Es mucha lábria aquella. No tropezaba en una i en las dos horas que hablaba sin descansar. Pero el pleito que ahora sigo sobre el mayorazgo del Quintanar, es imperdible, segun me lo asegura el abogado.

GIL BLAS. Vea Vd., señor tío, porque no quiero yo seguir esa carrera. Entre dos que

litigan, solo el uno tiene justicia. ¿Por qué razon ha de haber abogados que defiendan al que no la tiene?

D.^a CASILDA. Y entonces sobrino, ¿por qué no has seguido la carrera de la teología?

GIL BLAS. La teología, señora tia, es la que trata de la esencia de Dios: Dios es incomprendible; luego la teología es inútil.

D.^a CASILDA. ¡Jesus, que blasfemia! Vaya tu te has corrompido en Salamanca, y por eso la prima te despidió de casa.

D. GONZALO. Pero vamos adelante. ¿Y qué nos dirás de la carrera de la medicina? Un médico es querido de todos y buscado por todos.

GIL BLAS. Ojalá nunca lo fueran. Dígame Vd., señor tio, tenemos averiguado ya, si antes que hubiese médicos en el mundo eran mas los que se morian entonces, que los que se mueren ahora?

D. GONZALO. Los mismos, majadero, porque todos nacemos para morir.

GIL BLAS. Distingo: de muerte natural concedo; pero de muerte médica, niego.

D. GONZALO. Y por cuál autor estudiabas la filosofía en Salamanca?

GIL BLAS. Por aquel que enseña á formar los silogismos en Bárbara, y pareciéndome bár-

baros aquellos estudios, he buscado otros autores fuera de la universidad.

D. GONZALO. ¿Y cuáles han sido?

GIL BLAS. El sábio filósofo Rosseau, y el sapientísimo Voltaire.

D.ª CASILDA. ¡O Dios mio! ¿Y has estudiado tú por esos judíos? Luego tu serás un hereje. Ahora descubro yo por que la prima te despidió de su casa, y ya no puedes estar en la nuestra.

GIL BLAS. Señora tía, Vd. no conoce el mundo de estos tiempos. Aquellos en que Vd. se criaba, eran los tiempos de la ignorancia y de la barbarie. Rosseau y Voltaire han descubierto otro órden de cosas muy diverso. Ya, ya verá Vd., y ya irá Vd. viendo el mundo nuevo en que ahora vamos á vivir. Se están criando á estas horas unas chicas que á los doce años han de saber mas que las matronas de cincuenta. Ahora, por lo que corresponde á los jóvenes, ya los hay que tiemblan los viejos al hablar en su presencia. Si viera Vd., señora tía, qué hábiles y qué diestros son algunos de los que yo conozco en Salamanca! Los hay allí tales, que concluyen á los catedráticos en todos los argumentos. Si viera Vd. cuantos proyectos tienen ya en su cabeza! ¡Oh! un nuevo mundo nos espera!

D. GONZALO. ¿Pues qué es lo que piensan hacer esos mocosuelos?

GIL BLAS. En primer lugar dicen que nuestra monarquía es ya vieja y caduca, y que es preciso refundirla en otra mas moderna.

D. GONZALO. ¡Trastornar nuestra monarquía de tantos siglos!

GIL BLAS. Espere Vd. tio: En segundo lugar dicen, que no debe haber frailes, y que será preciso echar á tierra los conventos, porque donde no hay jaulas, no puede haber pájaros en ellas.

D. GONZALO. Que no ha de haber frailes ni conventos ¡cielo santo!

GIL BLAS. Aguarde Vd. tio: En tercer lugar, dicen, que tampoco ha de haber diezmos, porque todos, toditos, sin faltar un grano, pertenecen al labrador.

D. GONZALO. Y entonces ¿de qué han de vivir los curas, los canónigos y los obispos?

GIL BLAS. Dicen que les han de dar un sueldo como al soldado, y tan religiosamente pagado como se lo pagan á este, sin faltar un cuarto.

D. GONZALO. ¿Y quiénes son estos mentecatos para realizar esos heréticos proyectos?

GIL BLAS. Oigame tio: En cuarto lugar, dicen que ha de haber una Constitucion y una

representacion nacional, en la que ellos, ellos mismos nos han de enseñar á vivir muy de otra manera por las muchas leyes que nos han de dar.

D. GONZALO. Dios mio ¡sujetarme yo á obedecer las leyes que me den esos canallas ! primero.....

GIL BLAS. Vd. viejo y ellos jovenes, ¿quién podrá mas? Pero vamos mas adelante. En quinto lugar, dicen que ademas de la libertad de lengua ha de haber otra libertad de imprenta, por la cual cada uno podrá imprimir y moldear lo que se le antoje.

D. GONZALO. Pero Gil Blas, ¿no conoces tu que esos son desatinos, locuras y delirios?

GIL BLAS. A eso no se que le diga, tío: Pero vamos mas adelante. En sexto lugar, dicen que ha de haber entre nosotros una igualdad tal, que no ha de conocerse la menor diferencia entre el noble y el plebeyo.

D. GONZALO. En eso un cuerno ¡ó un demonio que los lleve!

GIL BLAS. Pues de eso tío: no hay quien los apée, porque dicen que todos somos hijos de cuatro nalgas.

D. GONZALO. Y tú ¿qué dices á todo esto?

GIL BLAS. Toma ¿qué quiere Vd. que yo diga si estoy afiliado con ellos?

D.^a CASILDA. ¿No te dije yo marido, que nuestro sobrino se ha corrompido en Salamanca, y por eso la prima lo sacó de su casa?

D. GONZALO. Pues veamos como lo sacamos nosotros de la nuestra, y prepárate, hijo mio, para montar á caballo á las cuatro de la mañana. Te daré otros cuarenta ducados como dió el canónigo de Oviedo á tu ascendiente Gil Blas, y en lugar de la mula llevarás el caballo moreno que bien vale los doce doblones en que tasó el canónigo su mula, aunque el sobrino la haya vendido por tres ducados en Peñafior. Correrás el mundo, hijo mio, y si en esto aprendes otra mejor doctrina que la que has estudiado en Salamanca, todavía podrás volver á vernos; pero si has de ser otro calavera como los compañeros que allí has tenido, no te acuerdes mas de nosotros.

CAPÍTULO IV.

Entrada de Gil Blas en una de las famosas ventas de Castilla.—Gracioso lance que le aconteció con la ventera.—Trueque de su caballo por un gordo y rollizo macho.—Gracias y habilidades de este precioso animal.

No hubo apelacion de esta sentencia contra Gil Blas, ni él trató tampoco de entablarla. Ninguna aficion ni cariño tenia á sus tios por no haberse criado con ellos, y mucho menos la tenia á la casa del Pino en campo verde. Lo que él mas anhelaba en su interior, era correr el mundo como suele decirse, y se resignó á aprovecharse de la ocasion que se le presentaba. Durmió pues tranquilamente en aquella noche, hasta que una hora antes de rayar el dia vino un criado de la casa á despertarle y decirle, que el caballo moreno le esperaba á la puerta ya aparejado, y con una malleta y unas alforjas encima. Se levantó y vistió Gil Blas con la mayor serenidad, y al tratar de despedirse de sus tios, le notificaron la orden que habian dado de no interrumpirles el sueño.

Montó, pues, en su bucéfalo al rayar el dia

muy alegre y muy contento, porque se le presentaba la ocasion de ver otros pueblos diferentes del de Salamanca, el único que conocia. Solamente se angustiaba algun tanto cuando consideraba, que con cuarenta ducados, y el importe de su rocinante que pensaba vender en primera ocasion por evitar gastos, no era suficiente caudal para muchas correrías. Pero como era naturalmente determinado y resuelto, no se acobardaba su espíritu tan fácilmente. La vida escolástica salamanquina le habia formado para ver el mundo de otro modo distinto del que se vé en los claustros de una universidad. Era Gil Blas de un carácter algo burlesco y satírico, siempre de buen humor, y de un físico muy agradable.

Caminaba pues en su cabalgadura muy satisfecho de que nada le había de faltar, aunque se le acabasen los cuarenta ducados, y el importe de su rocin. Habiendo salido en ayunas de la casa de sus tíos, sintió á pocas horas la flojedad de sus tripas, y alargando una mano á las alforjas desde la silla, tropezó con un queso y un lacon metidos entre un celemin de nueces que rugian en uno de los lados de las dichas alforjas. Buscó pues en el otro lado la que debia hacer el contrapeso, pero se halló con tres guijarros puestos allí para guardar el equi-

librio. Esto le afligió sobremanera, porque en sus francachelas escolásticas era siempre el dios Baco á quien se hacian los primeros honores. Entonces se propuso dar principio al uso de sus ducados comprando en el primer pueblo una ya usada y experimentada bota, en la cual no se le avinagrased el vino con que la pensaba henchir, y resolvió no probar hasta entonces el queso y el lacon. Dos horas mas tardó en tropezar con una de las renombradas ventas de Castilla, tan elogiadas por los extranjeros que viajan por nuestra malaventurada España. La observó antes de apearse en ella y notó que tendria como unas ochenta varas de largo y como unas tres y media de altura. Podian entrar por la puerta emparejados en línea recta cuatro rocinantes como el de Gil Blas. Acometió pues hasta el portal que le pareció muy ancho y espacioso con sus sofás de tierra y ladrillo al rededor de sus paredes. Vió la ventera sentada en un banquillo, en el cual solo cabian sus posaderas, y preguntándola si era bueno el vino, le respondió:—Apéese, Vd. caballero, y será tan regalado aquí como lo son aquellos cuatro pasajeros que están en aquel rincón á mi derecha. Repare Vd. en esa mesa de en frente y observe en ella los blancos huevos duros, el rico bacallao frito, los

colorados chorizos y el queso de Villalon.

Resolvió entonces Gil Blas apearse de su cabalgadura, y al atarla á uno de los postes del portal, vió nada menos que cuatro botas sobre la mesa en que estaban los cuatro huéspedes cada uno con la suya. Sacó de sus alforjas el lacon, y pidiendo dos cuartillos de lo caro, se sentó en otro banquillo que habia junto á la ventera. Era esta una rolliza castellana, de tiernos ojos, color aceitunado, lustroso cutis, y de unos treinta y cuatro años. Vestia una almilla de bayeta pajiza, saya verde y de talle corto, medias de lana azul con sus cuadrados de lo lindo, y por encima de sus firmes pantorrillas unas ligas de cintas de colores. Cubria su rojo pelo una chusca monterilla del uso de la comarca.

Determinó Gil Blas dar principio á su desayuno al lado de esta Nise á la cual trató de requebrar usando de su buen humor. Trincho su lacon, y tomando una lonja de él, la presentó á su ninfa, diciéndola:—Si esta fineza que os ofrezco, dueña mia, así como es de un animal asqueroso, cual lo es el (cerdo) lo fuese de una pechuga de los ángeles, con la misma buena voluntad os la presentaria.—Gallardo jóven, contestó la castellana, con la misma buena voluntad aceptaria yo otra fineza me-

jor que las pechugas de todos los ángeles, si es que os determinais á regalármela.—Con el mayor gusto, bella hermosa de los ojos tiernos, dijo Gil Blas. Esas chuscas pantorrillas que cubren las hechiceras medias azules, han cautivado mi corazón.—Y esos dientes de marfil que encierran esos lábios de coral, dijo la de la monterilla, me van trastornando la cabeza.—La mia, añadió Gil Blas, ya no se halla en su sano juicio al considerar ese cuerpecito, ese talle airoso, y esas nutridas posaderas que debian ocupar una poltrona.—Ordenad pues, prenda mia, y pedidme lo que de mí mas os agrade, porque es un imposible que yo no lo otorgue á la que, bajo de esa almilla rojiza, encierra los encantos de Calipso.

—Tambien es otro imposible que yo no corresponda al caballero que tanto me honra con tal que me otorgue la fineza que le demando.—Habladme, pues, hechizo de mis sentidos, y al punto sereis obedecida. Nada mas os pido, jóven encantador, que una pequeñita lonja de jamon que se me ha antojado, porque me hallo justamente en el mes de los antojos. Acudió entonces Gil Blas á sus alforjas por ver si entre sus nueces se hallaba alguna media libra; pero viendo que nada mas alli rugia que nueces y mas nueces, se vuelve hácia su dueña y la

dice:—Perdonadme, reina mia, la imposibilidad en que me hallo de complaceros.—No hay tal imposibilidad, dijo la de las medias azules para concederme lo que os demando. No está en las alforjas que habeis registrado, sino que en las alforjas de vuestros calzones se encierran unos muslos tan hechiceros, que si me regaláseis una tajadita de ellos, os la recompensaria á medida de mis deseos por evitar acaso la pérdida de una alma en una hora desgraciada.

A esta sazón dijo uno de los cuatro huéspedes (que eran unos traficantes en géneros del país)—Vamos, caballero, parece que el lance es algo pesado y demasiado sério. Lo que se os ha demandado lo habeis ofrecido y lo teneis, pero es algo duro de cumplir. Si pudiese conmutarse en otro antojo de menos valor, podriamos salir de este apurado lance. Entonces se dirigió á la ventera, y la preguntó:—Díganos Vd., señora, ¿cuánto tiempo habrá que la comenzaron á picar los antojos?—Hace ya nueve dias, respondió, que no me reconozco desembarazada. Ah! pues si no son mas que nueve dias, no hay peligro, á mi parecer, de perderse un alma porque tal vez no habrá un cuerpo donde pueda estar. En este caso yo era de opinion que se permutase la demanda en un estiron de orejas.—Convengo muy gustosa, dijo la de los tiernos

ojos, y aceptando Gil Blas el trueque, se agarró de su oreja izquierda la ventera con tal ánsia que estuvo á pique de dejarlo medio desorejado.

Viéndose Gil Blas en este dolorido aprieto se tiró al moño de su ninfa, y comenzó á repelarla con tal fuerza que llevaba arrancada una buena parte de la cabellera.—Suelta, demonio, mi pelo, decía la ventera. Deja mi oreja bruja, contestaba Gil Blas; pero viendo la de los ojos tiernos que se le arrancaban casi todos los pelos, echó una zancadilla á su competidor, y cayó este en tierra trayendo sobre sí la de las medias azules. Rodó la monterilla por un lado, y el sombrero por otro, pero sin soltar ninguno su presa. Cabalgaba la ventera sobre Gil Blas, y habiéndosele subido la saya verde mas arriba de medio muslo, descubrió unas mal lavadas posaderas, á cuya escandalosa vista, se levantaron los cuatro traficantes, y separaron estos dos encarnizados atletas. Sosegada la pendencia, se miraban de reojo los dos combatientes sin decirse una palabra el uno al otro, y habiéndose colocado todos cada uno en su puesto continuaron su almuerzo los que le habian comenzado.

Dirigió entonces la vista Gil Blas hácia los trajinantes, y les dijo.—Veo, señores, en esa mesa cuatro botas de la mejor traza, y cami-

nando yo sin ninguna , pagaria á buen precio la que se me vendiera , puesto que para el socorro de los cuatro pudieran bastar las tres.

--Señor caballero, contestó uno de ellos, un viajero sin bota es un cuerpo sin alma, ó por mejor decir, es una alma en pena. Bien es cierto que nosotros caminamos hácia Rueda y la Seca, en donde este género se vende de lo lindo, pero yo nome desprendo de la mia por lo mucho que la quiero. Jamás ha dejado de favorecerme siéndole posible. Así es que la amo tanto ó mas que á mi mujer; á lo menos la doy mas besos.

--Pues yo no tengo inconveniente, dijo otro de la cuadrilla, en trasladar la mia al poder de este señor, y sin ningun precio, pero ha de ser verificando un cambio entre los dos. Estoy viendo atado al poste el caballo de este caballero sin desayunarse, teniendo tanto derecho como su amo al alimento de sus tripas. Lo primero de que yo cuido en las ventas y mesones es de mi macho, y así está el tan rollizo y tan nidio que parece una seda de la India. Si gusta su merced de que hagamos un trueque pelo á pelo, daré encima mi bota de regalo, porque siempre he sido mas aficionado á los caballos que á los mulos.—Saque Vd. su macho, dijo Gil Blas, le veremos, y hablaremos. Corrió á la cuadra el dueño del mulo, y tirándole del ramal, presentó su

macho de los mejores machos de cuatro pies. Habéndole colocado á la par de la cabalgadura de Gil Blas, dijo:—Vean Vds. la diferencia, señores; el caballo flaco, el macho gordo, y observándole la dentadura, añadió: el caballo cerrado, es decir que ya no se le conoce la fé de bautismo, cuando el macho cumplió tres años en estas yerbas, y va para los cuatro.

Al decir esto cogió la cola del caballo, y levantándola hácia arriba, la dejaba ir á todos lados el pobre animal sin la menor resistencia.—Esto es flojera, añadió el chalan. Ea, que Vd. no me nea con la misma facilidad el rabo de mi macho. Emprendió Gil Blas hacer la experiencia, y al alzamiento de la cola, escopeteó tres tiros el rollizo mulo, en seguida de los cuales convidó al experimentador con una amarilla racion de paja y cebada, casi enteros y por digerir los granos de la primera.—Vea Vd. ahí la prueba, dijo el dueño, del buen trato que yo le doy y lo mismo haré con el caballo si entra en mi poder, hasta sacarle el hambre del cuerpo. Segun le veo está el pobre para pocas jornadas pero en mi mulo puede rodear Vd. el mundo todo antes que él se quede atrás.—El mundo entero no cuento yo con andarle, repuso Gil Blas, pero sí alguna parte de él, por lo que no me separo del trueque entrando en él la bota.

—Entendámonos, caballero, dijo el del mulo, que no se cambian los aparejos, porque á mí no me pertenece la silla, sino la albarda.—Y entonces, le preguntó Gil Blas, ¿ha de montar el caballo encima de la albarda que á Vd. le pertenece?—Eso déjelo V. de mi cuenta, y sáquese la robla para que cada uno cuide de su hacienda.

En efecto se perfeccionó el contrato entrando la bota en él, y habiéndose marchado los de los mulos, preguntó la ventera á Gil Blas: —¿Cuántos años tiene Vd., caballero, aunque sea descortesía.—Diez y ocho cumplidos en el día tres de febrero del presente año, la respondió.—Todavía le faltan á Vd. siete para salir de la menor edad, y no necesitar de curador dijo ella, y le añadió: Pues mientras Vd. no pase de los veinte y cinco, desconfie de todo el mundo, y principalmente de sí mismo.

No atendiendo Gil Blas á lo que le había dicho la ventera, le mandó llenar su bota, y montando sobre su mulo, se despidió de ella preguntándola por el camino de Astorga. Siga Vd. por derecho, y á las dos leguas hallará dos caminos, pero tomará Vd. el de la izquierda. Picó con las espuelas á su macho, que bebía los vientos, como suele decirse, pero no bien había andado una legua cuando viendo el

tronco de un árbol atravesado en el camino, empezó á aguzar las orejas y á recular. Le aplicó Gil Blas las espuelas, pero contestó levantando el cuarto trasero, con lo que empujó á su amo una cuarta sobre la silla. Como no perdió el equilibrio, volvió á quedar tan bien montado como estaba, y apremiando al mulo á que pasase adelante, no era hácia adelante, sino hácia atrás lo que andaba el animal. En medio de esta pelea entre los dos, prendió en un gancho del estribo una de las dos riendas, quedando el hocico del macho tocando con una pierna de Gil Blas. Esta posicion le obligó á dar tantas vueltas al rededor, que fue preciso caer con su amo en tierra, medio atolondrados los dos. Estaba la cabeza del ginete junto á la del macho, y mirándose el uno al otro, no parecia sino que se estaban diciendo recíprocamente: *tú me las pagarás.*

Se acabó por fin esta escena levantándose los dos caidos, y tirando Gil Blas de la brida por su mulo, siguió este muy contento trás de su nuevo amo, pasando por junto al tronco del árbol, que no impedia el paso á una carreta de bueyes. Ya sabia su primer amo que no habia remedio sino apearse en diciendo el macho que no pasaba adelante, y todos sabemos tambien que es una cualidad de todos los

machos el salir siempre con la suya. Lo mismo le avino á Gil Blas al hallarse en los dos caminos que le habia indicado la ventera. El macho erre que erre que habia de seguir por el de la derecha, y hasta que se apeó su amo no quiso ir por el de la izquierda, que era el que conducia á Astorga.

CAPÍTULO V.

Entra Gil Blas en la ciudad de Astorga.—Encuentra allí á su condiscípulo Celestino que le lleva á su casa.— Opiniones políticas de toda esta familia.— Sale Gil Blas de Astorga y emprende su ruta para Asturias por las Babias y puerto de Somiedo.

Caminó, pues, Gil Blas continuando su viaje con su mulo, el cual habiéndose entrado en un meson á las diez de la mañana del siguiente dia, no fue posible sacarle de allí hasta pasar la noche en un pesebre muy conocido de él. Esto obligó á Gil Blas á perder la jornada de aquel dia, y entonces recordó lo que le habia dicho la ventera sobre no fiarse de ninguno y menos de sí mismo hasta cumplir los veinte y cinco años.—Ya reconozco ahora la razon del trueque, decia para consigo. Al chalan que se llevó mi caballo no le acomodaba este atraso de jornadas en su tráfico. Si hasta cumplir los veinte y cinco años no me aconteciesen otros mayores males, todavía podré ver el mundo, pero ya recelo que me aguarden otros muchos, que no sé como serán aunque pase de los veinte y cinco.

Llegó por fin con su macho á la ciudad de Astorga el petardeado Gil Blas, y apenas habia atravesado la primera calle cuando notó en ella á uno que le observaba muy atento, hasta acercarse tanto que cogiendo al macho por la brida, le detiene y le dice:—Qué es esto, Gil Blas? ¿Cómo tú aquí? ¿Hacia dónde te encaminas así solo montado en este mulo? Ea, apéate, y vamos á mi casa, porque no permitiré que tengas en Astorga otro alojamiento. Era su amigo y condiscípulo Celestino, que asistia con Gil Blas á la cátedra de leyes en Salamanca. Se apeó en efecto el ginete, y abrazándose con su amigo Celestino, fueron así abrazados los dos, tirando del macho por las calles, hasta llegar á la casa del estudiante de Astorga. Era este hijo de un rico comerciante de aquella ciudad, el cual recibió á Gil Blas con la mayor urbanidad y atencion al saber que era un condiscípulo y amigo de su querido Celestino. Del mismo modo fue recibido por la madre de este y de una hermana que tenia de doce años, complaciéndose todos en ver los dos amigos que no se separaban el uno del otro.

Llegó la hora de la mesa, y para llevarla entretenida, tomó la palabra Celestino, y dijo á su condiscípulo:—Pero Gil Blas, todavía no me has enterado del objeio de tu viaje, ni menos

puedo saber si has de volver en este año á continuar tus estudios en Salamanca.—Amigo no, le contestó: mis estudios allí ya se han concluido. Otros muy diferentes voy á empezar ahora. El mundo es una cátedra universal, en la que todos somos catedráticos y discípulos los unos de los otros. Este es el estudio que me hacen emprender unos tios estrafalarios que tengo en el palacio del Pino en campo verde, muy renombrado en el corazon de Castilla la Vieja. Estos quijotes de mis tios me tuvieron por el espacio de doce años en la casa de una prima suya en Salamanca, á la cual has conocido tu allí.—Si, chico, contestó Celestino, aquella doña Casimira celibatona y beata, pero buena señora al parecer.—Pues esta buena matrona, continuó Gil Blas, me despidió para la casa de mis tios porque, á lo que yo entiendo, no le abonaron un real por los gastos que suplió por mí en los doce años que estuve en su compañía. Llegué al palacio del Pino, y al punto mis tios comenzaron á examinarme sobre mis adelantamientos en Salamanca. Yo me extendí largamente sobre todo, y no pude omitir nuestras opiniones políticas. Ya sabes tu que nosotros no admitimos los frailes ni los conventos, pero cuando les dije esto, creí que les acometia un accidente.

—Esos sus tios, dijeron entonces los padres de Celestino, precisamente son unos grandísimos servilones, pero amigo, aquí en esta casa todos, sin faltar uno, somos muy liberales.

—Pues no faltaba mas, anadió Celestino. Aquí tienes á mi hermana Engracia, que antes consiente en quedare para tia, que casarse con un servil.—Si por cierto, dijo esta, ó no me caso, ó ha de ser con un liberal y muy liberal, porque tambien los hay pasteleros, que dicen á todo pelo y cambian de casaca como de camisa, arrimándose al partido que mejor les cuadre.

—Esos no son liberales, dijo Gil Blas, sino canalla, gente ruin y baja, de malos procederes. La palabra *liberal* viene de la *liberalidad*, que segun el diccionario de la Academia, es *una virtud moral, que consiste en distribuir generosamente los bienes sin esperar recompensa alguna*. Los que pertenecemos á ese partido no debemos tener nada nuestro: Todo debe ser de todos.—Hombre tanto como eso, no, dijo el padre de Celestino, que se llamaba don Enrique. Si lo nuestro ha de ser de todos, vendrán los serviles á sacarnos la parte que les toque. A lo cual contestó la Engracia:—Padre, Vd. no lo ha comprendido bien. Lo nuestro ha de ser todos, quiere decir, de todos los liberales.—Eso tampoco, hija mia, dijo la madre que se llamaba

doña Alfonsa, porque en ese caso ahí tienes á la Agustina que vive enfrente, y se precia de ser la mas liberal de Astorga, pero ya sabemos todos que tambien es la mayor holgazana de la ciudad. Oh! como ella sepa que lo nuestro, no es nuestro, sino de todos, presto viene á soplar-nos lo mejor de la tienda, y si no se lo damos, nos llamará servilones.

—Entonces, dijo Celestino, nos iremos nosotros á la tienda de don Genaro, que es mayor que la nuestra, y sacaremos mejor partido, porque ó somos ó no somos liberales.—Hijos míos, replicó don Enrique, en este caso estoy viendo á los serviles reirse y burlarse de nosotros, porque si lo nuestro es de todos, y cada uno de ellos guarda lo suyo, ellos serán los ricos y nosotros unes pobres.

—Estos nuestros hijos, añadió doña Alfonsa, no se hacen cargo de aquel refran que dice: Para dar y tener, gran seso es menester. Es una verdad que nosotros somos liberales, pero en Astorga los hay tambien que aunque pertenecen al partido liberal, no se detienen en apropiarse lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Vayan Vds. á aconsejar á estos que den lo suyo, y á decirles que la liberalidad *consiste en distribuir generosamente los bienes sin esperar recompensa alguna*, como lo enseña ese señor dic-

cionario. Primero se dejan sacar un ojo de la cara.—Ya sé, madre mia, dijo Celestino por quienes lo dice Vd. Esos son aquellos regidores del ayuntamiento que nos reparten las contribuciones sin pagar ellos ninguna, y que están formando unas cuentas..... pero qué cuentas! segun se susurra por la ciudad. Ya verá Vd., madre, como á esos señores de las cuentas, vienen otros liberales á ajustarle á ellos otras cuentas, que no las han de escribir en el papel, sino en las espaldas.—No creas eso, hijo mio: ¿Cómo es posible que los liberales lleguen á cascar á los que son liberales tambien? En ese caso ya no serán amigos, sino enemigos declarados los unos de los otros, y entonces no formarán un solo partido liberal, sino que se dividirán en partidos, y si los serviles se unen entre sí y no se dividen, no será imposible que lleguen á montar encima de nosotros.

—Trabajo les ha de costar, dijo don Enrique, porque para evitarlo, ya se están tomando las medidas. En dejándolos sin mayorazgos, sin diezmos, y sin alcabalas, privilegios y demas fueros y señoríos, los verás mas blandos que una breva.—Pero marido ¿no te haces cargo de que eso los ha de irritar mucho mas, y nos harán una guerra á muerte hasta acabar, si pueden con todos nosotros? Yo no lo estrañaré, por-

que si ellos tratasen de llevarnos nuestros géneros, primero me dejó descuartizar, que consentirlo.—Y yo madre, dijo la Engracia me tiro al primer servil que entre en la tienda, le aprieto el galillo, y le arranco la lengua con mis uñas, y con uno que yo ahogaré, ya se mirarán los demas.

Estaba Santillana comparando allá para consigo las opiniones de toda esta familia con las de sus tios del palacio del Pino, y se esplicó de esta manera:—Pues señores, por resultado de esta conversacion sacó yo una consecuencia nada lisonjera á la verdad. Con tal que á mis tios les lleguen á tocar en un pelo de sus mayores y señoríos, tocan tambien ellos las campanas á rebato, y juntando todos sus dependientes de rentas y alcabalas, vienen sobre la ciudad de Astorga, y la sitian por hambre cuando menos. Y si en esta ciudad hay tambien algunos serviles, se juntarán con ellos abriéndoles las puertas de entrada, en cuyo caso se armará una danza, de la cual puede muy bien suceder que queden algunos sin piernas para que la puedan continuar.

—En esta calle los quisiera yo ver, dijo la Engracia, porque no dejaria en la casa banco, ni silla, ni arca, ni ladrillo, que no arrojase encima de ellos por las ventanas y balcones.

—Y yo, añadió la madre, no dejaria de acompañarte con algunos jarricos de agua hirviendo para mojarles las pulgas. A todo lo cual dijo don Enrique:—Vaya, vaya, dejaos de esas boberías porque no parece sino que ya los estais viendo por esas calles, y eso lo miro yo como imposible. Es hora ya de dejar la mesa, y que Celestino salga con su amigo para enseñarle lo principal de Astorga. En efecto se hizo así, y se dirigieron los dos condiscípulos á la catedral que era de gusto gótico. En seguida se fueron hácia el palacio de los marqueses de Astorga que tiene buena arquitectura. Pasaron despues por el frente de un convento de frailes, y otro de monjas, en los cuales estaban cantando vísperas acompañadas de órgano, visto lo cual por Gil Blas, se dejó decir á su amigo: ¿Será posible, Celestino, que estos frailes y estas monjas con sus conventos han de desaparecer de sobre la faz de la tierra como si nunca hubiesen existido? Ya conoces tu cuanto tiempo, y cuanto dinero habrá sido preciso invertir para fundar estos establecimientos.—Amigo, contestó Celestino, puedes creerme, que no será preciso otro tanto para echarlo todo á bajo: En el tiempo de estas fundaciones iba la rueda de la fortuna por allá, y ahora rueda por aquí.— ¿Y sabes tu dijo Gil Blas, por donde rodará dentro de algunos años?

—Amigo, respondió Celestino, creo que en toda la ciudad de Astorga no hay uno que pueda contestar á esa pregunta.

Pero, Gil Blas, aunque has comenzado á contarnos la historia de tu viaje, no la has concluido, y deseo saber hácia donde caminas, y por quanto tiempo.—Mi historia está reducida á muy pocas palabras, dijo Santillana. Luego que mis tíos conocieron que mis opiniones eran contrarias á las suyas, no me consintieron en su compañía y con 40 ducados y un rocinante que he cambiado por mi mulo, me echaron de casa, diséndome, que si el mundo que voy á ver, me enseña otra mejor doctrina, todavía puedo volver á verles; pero de lo contrario, no cuente con ellos para nada. Me insinuaron tambien que procurase imitar á mi ascendiente Gil Blas de Santillana, cuya historia sabemos todos los estudiantes de Salamanca. Mi intencion es la de seguir sus pasos, y probar la suerte como él, dando principio por la ciudad de Oviedo hacía donde me dirijo por ahora. Tu ya sabes que el estuvo aquí en Astorga preso en una cárcel por haberle visto llevar un vestido que habian robado unos ladrones á un vecino de esta ciudad, y quisiera me enseñases el sitio de su prision.

—Amigo, contestó Celestino, esa misma curiosi-

dad la he tenido yo, y preguntando á los mas ancianos de Astorga, no me pueden dar razon. Todos me dan por respuesta de que si ninguno puede saber todo lo que ha pasado en su siglo, mucho menos sabrá lo que aconteció hace mas de 200 años. Solamente recuerdan haber oido, que Gil Blas salió de la cárcel inocente con una tal doña Mencía, á quien sacó de las garras de unos ladrones, que habitaban en una cueva subterránea que habia no muy lejos de esta ciudad. Pero Gil Blas, tu vas perdido y muy espuesto á trabajos y miserias por ese mundo que vas á recorrer. Con solos 40 ducados ¿qué ha de ser de tí? No tienes para cuarenta dias que son las de una cuaresma.—Otros tantos y nada mas, dijo Santillana, sacó mi ascendiente de la casa de mi tio el canonigo Gil Perez, y llegó sin embargo á ser privado del primer ministro de España cuyo empleo le valió muchos doblones.

Aquí iban en su sesion los dos condiscípulos cuando se dejaron entrar en la casa de Celestino, y habiendo enterado éste á su padre de la historia de Gil Blas, le ofreció dinero con la mayor instancia; pero él se rehusó á aceptarlo con el mayor empeño, y no hubo forma de hacerle tomar ninguno.

Cuatro dias le detuvieron para obsequiarle con la mayor amistad en la casa de Celestino, y

habiendo pedido este á su padre una carta órden sobre el comercio de Oviedo para dar á su discípulo cuanto necesitase, se la metió en la cartera sin que Gil Blas lo hubiese conocido. Al quinto dia siguió Santillana su viaje para Asturias, y se despidió de toda aquella familia con muestras del mayor reconocimiento y gratitud.

CAPÍTULO PRIMERO

Exposición de la vida y costumbres de los Sabios.
Lanceo grande de amor con Gil Blas. — Responde á
los á un raro taligo y amor del padre de San-
ta. — Registra el libro, y así vive en el mundo.

El mundo es un teatro, en que por las leyes
de la vida, se ve y se oye. — El mundo es un
teatro, en que por las leyes de la vida, se ve y se oye.
El mundo es un teatro, en que por las leyes de la vida,
se ve y se oye. — El mundo es un teatro, en que por
las leyes de la vida, se ve y se oye. — El mundo es un
teatro, en que por las leyes de la vida, se ve y se oye.
El mundo es un teatro, en que por las leyes de la vida,
se ve y se oye. — El mundo es un teatro, en que por
las leyes de la vida, se ve y se oye. — El mundo es un
teatro, en que por las leyes de la vida, se ve y se oye.

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Descripcion de la vida y costumbres de las Babianas.—

Lance gracioso de estas con Gil Blas.—Encuentra Gil Blas á un raro hidalgo y señor del pueblo de Somiedo.—Estravagantes ideas, y rara vida de este pobre

señor.

Emprendió pues, su ruta por las Babias, puerto de Somiedo, Grado y Peñafior. Llevaba su imaginacion ocupada en lo que habia observado en la casa de su amigo, viendo á toda su familia decidida por un partido tan opuesto á las ideas de sus tios. Esto le obligaba á presagiar males sin cuento, si por desgracia de la España se eneralizaba esta di-

versidad de opiniones, porque raciocinaba de esta manera: Yo he observado en Salamanca esta misma oposicion de ideas. En una de las casas que frecuentaba decian, que todavía eran pocos los veinte y cuatro conventos de frailes y catorce de monjas que allí habia, y que era preciso fundar muchos mas. En otra sostenian, que estas corporaciones se habian apropiado lo mejor de la tierra, y que se mantenian á costa del sudor de los pobres que la cultivaban encerrándose en los cláustros brazos muy robustos y muy útiles para el trabajo, sin ejercitarlos en ninguno de los oficios que son indispensables en la sociedad. Los unos afirmaban que los religiosos eran el mas firme apoyo del Estado por su moral, por su doctrina, y enseñanza de las máximas del Evangelio. Los otros atestiguaban con hechos todo lo contrario, haciendo ver el estravío de algunos, que se arrojaban á toda clase de excesos, sin perdonar la seducción de las doncellas, y de las que, no lo siendo ya, pertenecian á otro dueño. Algunos, aunque confesaban este estravío de unos pocos, citaban otros venerables ancianos, que eran un tesoro de ciencia y de virtud, y que estaban esclusivamente dedicados á beneficiar la viña del Señor. Otros confesando ser cierto, añadian, que para eso no eran precisas

tantas rentas, ni tantos bienes como se habian acumulado en perjuicio de las clases pobres, que no poseian un palmo de la tierra, que el Eterno Hacedor habia regalado á todas sus criaturas, sin conceder á ninguno la propiedad de ella. Los que defendian las órdenes religiosas citaban las muchas limosnas que se hacian en los conventos, y probaban que las tierras que les pertenecian eran arrendadas con un cánon muy moderado respecto de todas las demas. En una palabra, cuando yo salia de entre los defensores de los frailes y de los conventos, me parecia que tenian razon; y cuando venia de ver á sus contrarios me parecia que tambien tenian razon. Oh, Dios mio! ¡esclamaba yo interiormente: si estas razones ó estas sinrazones se generalizan por toda la España, ¿á dónde iremos á parar?

Recordaba asimismo otras varias conversaciones que habia presenciado en Salamanca sobre los vínculos y mayorazgos. Los unos los defendian por muy útiles al Estado para sostener el trono, y para perpetuar el nombre de la familia en la mas prolongada sucesion. Los otros los declaraban injustos y perjudiciales á la sociedad por adjudicarse al primogénito todo el producto de las vinculaciones, dejando á los demas hermanos sin ningun derecho á gozar de lo que debia ser de todos por una igualdad.

La misma diversidad de opiniones habia notado en Salamanca respecto de los diezmos y otras varias innovaciones que se intentaban hacer. Esto le presagiaba una encarnizada guerra civil; pero no se atrevia á afirmarse en esta opinion hasta ver lo que le enseñaba el mundo que iba á recorrer. Continuó pues su vereda hasta que llegó á la villa de Cabrillanes en las Babias. Allí se le presentó un nuevo mundo desconocido para él. Apenas habia hombres en aquellos contornos. Las mujeres hacian todos los oficios. Ellas ejercian la noble profesion de la agricultura, sembrando y labrando la tierra con sus bueyes, y manejando la esteva con toda inteligencia. Ellas iban al monte con sus carros que retornaban á sus casas cargados de leña. En una palabra, era una sociedad de mujeres aisladas, pero unas amazonas en la fuerza y animosidad. Sus maridos y sus hijos estaban dedicados á la vida pastoril, y en la Provincia de Estremadura tenian su mas larga mansion. Solamente pasaban por su pueblo en la estacion de verano cuando venian con sus rebaños á darles pastos en las montañas que dividen el Principado de Asturias del reino de Leon.

Se apeó nuestro Gil Blas en la taberna de aquel pueblo, y pidiendo de comer, le presenta-

ron las mejores truchas que puede haber en todo el reino de España. No se puede dar una idea de lo que son sino invitando á los lectores á ir á comerlas allí. Cuando se estaba saboreando con ellas nuestro Santillana, se asomaron por el frente cuatro de aquellas amazonas, y le dicen:—Caballero ¿han de ser voluntarios ó forzosos?—No sé lo que Vds. me preguntan, dijo Gil Blas.—Hablamos de los cacharrones, le contestaron.—Y ¿qué son cacharrones preguntó?—Cacharrones son los azotes que le hemos de dar en sus posaderas.—Quiénes? Vds. á mí?—Ea, muchachas, ya está visto que han de ser forzosos, y manos á la obra. Al decir esto arremeten las cuatro al pobre Gil Blas, y cogiéndole la una por una pierna la otra por la otra, la una del brazo izquierdo y la otra del derecho, me lo levantaron una vara del suelo. En esta actitud comenzaron á darle los cacharrones sobre su trasero por encima de los calzones, y concluida la operacion se marcharon muy satisfechas de haber cumplido su deber.

Es una costumbre inmemorial en las Babias hacer esta operacion á todo pasajero. Si éste voluntariamente se presenta á sufrir la operacion, le dejan, y se van tan contentas estas amazonas; pero si se oponen ó resisten, no hay

remedio sino pasar por la ignominia de verse un hombre azotado por mujeres. La resistencia es inútil en el mas valiente, porque las hay allí de una fuerza jigantesca.

Corrido y avergonzado Gil Blas de esta ignominiosa aventura, no se atrevió á esperar otras en aquel pueblo, y continuó su viaje hácia el puerto de Somiedo. Montó su cumbre, y á una legua de descenso se halló con el pueblo de este nombre. Como á doscientos pasos antes de entrar en el vió á un antiguo caballero, hijodalgo notorio, muy semejante á su señor tio el quijote don Gonzalo. Vestia un casacon atabacado, hecho á la antigua española, chaleco blanco, ancho, largo y espacioso; calzon corto de pana azul con sus hebillas de plata que abrazaban sus rodillas, media blanca de hilo del pais, y sus zapatos de cordoban abotonados tambien con hebillas de plata. Colgaban de la trincha de sus calzones dos cadenas, la una de acero, y la otra de cobre ó de metal del mismo color que pendian de dos relojes ó muestras de faldriquera, una de cada lado. Por el medio de su chaleco blanco sobresalian unos vuelos, chorreras, ó guirindolas de media cuarta de largo, con sus pliegues sueltos y sin planchado. Su peinado consistia en una coleta de pelo como de tres se-

manas de fecha; y añadiendo un sombrero redondo de ala muy ancha en la cabeza, está hecho el verdadero retrato y la original efigie de un dueño y señor de aquel pueblo, que tiene por nombre *Somiedo*.

Al ver venir hácia á sí al caminante Gil Blas, se acercó á él y le dijo:—Caballero, tenga Vd. la bondad de apearse, y venirse conmigo á recibir en mi antiguo palacio el obsequio y hospedaje, que de tiempo inmemorial hacemos en él á todo pasajero. Aquí descansará Vd. de las fatigas del viaje en el paso del puerto, se detendrá algunos dias, y se repondrá del hambre que habrá sufrido en el camino, y tambien en su propia casa, porque en casi todas, menos en la mia, se padecen necesidades, y no se come bien.—Caballero, dijo Gil Blas, yo no he conocido esa hambre, ni esas necesidades hasta hoy en donde me he criado. —Vaya, vaya, replicó el del casacon, la barriga llena como en mi palacio, en ninguna parte; pero no hablemos mas sobre esto, y vamos á casa. Como el aspecto de aquel raro señorón era por otra parte noble y agradable, no le opuso resistencia Santillana, y se dejó ir. A su entrada en el castillo se presentó la señora de él, con cierto aire de dignidad y señorío, pero sin afectacion, pues era, sin duda, toda una señora

de circunstancias por su talento y circunspeccion, diferente en un todo de su extravagante marido. Iba acompañada de toda su familia con sus seis hijas á la derecha, y tres varones á la izquierda, todos ellos desde la edad de 15 hasta los 28 años. Hechos los debidos cumplidos, dió la órden el señor de cubrir la mesa, y se sentaron todos á ella. Era tal el predominio del dueño de la casa, que ninguno se atrevia á desplegar sus lábios sin licencia, y nada mas hacian sino comer y callar con los ojos caidos. Sin embargo, no se observó el menor silencio en la comida, por cuanto aquel buen amo y señor hablaba por todos. No cesaba de hablar y comer á un tiempo segun costumbre antigua y moderna. Era la comida abundante, y compuesta de carnaza al uso de montaña.

Como todos, menos él, se hallaban privados del uso de la palabra, emprendió la conversacion con Gil Blas, y le dijo:—Caballerito, aunque sea descortesía, deseáramos saber hácia donde camina Vd. para poder servirle, porque llevando Vd. la recomendacion de esta casa, lleva Vd. mas de lo que se piensa.—Mi direccion por ahora, dijo Santillana, es á la villa de Grado, Peñafior, y á la ciudad de Oviedo.—Pues en cualquiera de esos pueblos,

y en otros muchos mas será Vd. obsequiado, aunque no tambien como aquí, si llegan á saber que Vd. estuvo en esta casa. Vd. no sabe todavía quien yo soy, ni menos tendrá noticia del infante don Pelayo, de quien yo desciendo por línea recta de varon á varon. Tampoco sabrá Vd. de mi muy estrecho parentesco con Fernando VII, con quien estoy en secreta correspondencia desde Valencey, donde le tiene aprisionado el emperador Napoleon. Pero ya tengo tomadas mis medidas para sacarle de la prision, y traerle á España sigilosamente á gobernar la nacion, que una porcion de calaveras están arruinando. Esta canalla (que no merece otro nombre) nada menos pretende que destruir y deshacer mis mayorazgos, á pesar de haberse fundado á imitacion del mayorazgo de la corona. Parece que intentan asimismo abolir los diezmos en que consisten las rentas del clero secular y regular y las nuestras. Tampoco perdonan estos judíos á los obispos, arzobispos, canónigos y cabildos; pero ya daré yo instrucciones á mi primo Fernando cuando venga, para desterrar de sus reinos á todos estos pícaros.

Entonces le dijo Gil Blas, que ellos le evitarian el trabajo si lo sabian, por lo cual le encargaba el secreto en el prudente consejo que

pensaba dar á su primo. Aunque Santillana sospechó que aquel señor flaqueaba un sí es no es de los cascos, esperaba verse confirmado algo mas en su sospecha. Se le presentó esta ocasion en uno de los dias que permaneció allí, en una conversacion que tuvo con la doncella de la casa, que no le miraba de mal ojo. Despues de haberla requebrado un poco, procuró saber de ella todas las cualidades de su amo, y cumplió, como acostumbran las de su clase, con toda su obligacion, esplicándose de la manera siguiente:—Mi amo, (aquí para entre los dos) es el mayor mentecato de cuantos puede haber en estas montañas. Es el ente mas raro, y el hombre mas estrañario del mundo. Jamás duerme en cama, sino tirado por encima de un banco ó de un campapé sin desnudarse. Se pasan las tres semanas sin ponerse una camisa limpia. Toda la noche se lleva atisvando las alcobas en que duermen su señora y sus hijas, sin perdonar á las de las criadas. Irá veinte veces á la en que Vd. duerme cerrado con llave, por si, con otra alguna falsa, pudo Vd. salirse á requebrar á las hijas ó á la madre, ó tal vez á nosotras. Cuando nos hallamos en el mas profundo sueño sentimos algunas veces que nos andan palpando por encima de la ropa, y despertamos asusta-

das, hasta que nos desengañamos de ser él que viene á cerciorarse de si alguno está con nosotras debajo de las mantas.

Por otra parte es el hombre mas vano de cuantos puede haber. Vd. ya habrá notado el sin número de criados que aquí somos sin oficio ni destino, y sin ser necesarios para nada. Aquí hay mayordomo, aquí hay capellan, aquí paje, aquí doncella, y todo esto en una montaña al pie de un puerto cubierto de nieve la mayor parte del año. Pues en esto y en dar comilonas á los curas, al cirujano, al juez y al escribano, lleva gastado cerca de millon y medio de reales sin haber dotado á ninguna de sus hijas, ni dar carrera á ningun hijo. Ah! Se me olvidaba lo mejor, ¡Cómo creerá Vd. que á pesar de toda su vigilancia y de todo su celo uno de sus curas, supo cortejarle una hermosa doncella y se la robó?

—Y Vd., le preguntó Gil Blas, ¿se dejaria robar tambien si alguno lo intentára?—De un cura, no señor; pero de otro cualquiera, no solamente yo, sino tambien la mayor parte de sus hijas, no siendo para monjas, porque este demonio de hombre no quiere que nos casemos por no pasar hambre en saliendo de su casa. Es esta otra de sus extravagancias entre las demas que le he notado, y no crea V. que

le he dicho ninguna que no sea tan cierta como el Evangelio; y si Vd. lo duda, infórmese de todos los vecinos del contorno, y le dirán lo mismo.—No necesito informarme, dijo Gil Blas, porque no dudo yo que este señor tendrá sus extravagancias, como las tienen todos los demas cada uno por su estilo; pero la mas sensible para Vds. debe ser la de no permitirles casarse teniendo una verdadera vocacion.—Ah señor, dijo la doncella: si entre sus amigos nos buscara V. media docena de novios que tuvieran tantas ganas como nosotras, gran favor nos haria. ¿Cómo se llama Vd., la preguntó Gil Blas.—Gertrudis de la Peña, tocaya, pero no parienta de la doncella que fue robada por el cura. Ah! se me olvidaba decirle, que este mismo cura, despues de haber hecho el robo, come á la mesa con el amo casi todos los dias, y en uno de ellos le dijo en sus mismas barbas, que con diez cuartos de papel le ponía la señora en la casa de los orates, si queria. Vea Vd. ahora el favor que nos haria en sacarnos de este palacio encantado, y de la compañía del endemoniado amo de él.—No dude Vd., amiga mia, que llevo á mi cuidado desempeñar este encargo, y que no me olvidaré de escribir por el correo á doña Gertrudis de la Peña.

CAPÍTULO II.

Entrada de Gil Blas en la casa del señor don Martin de la Pola de Somiedo.—Curiosas sesiones de este señor con Gil Blas.—Vende este su macho en Peñafior á buen precio.—Entrada de Gil Blas en Oviedo.—Primera sesión con el señor don Alvaro Flores Estrada.

Conociendo Gil Blas que se hallaba en la casa de un loco, y que de un hombre loco nada bueno debia esperar, trató de despedirse para continuar su viaje, y no hubo forma de detenerle por mas tiempo. Empezó pues su ruta, y á una legua de distancia andando siempre cuesta abajo, se dejó entrar en la villa de la Pola, capital de aquel concejo de Somiedo. Al llegar allí vió sentado junto al puente del rio, que baja del puerto, un venerable anciano de gracioso aspecto, en el cual manifestaba ser un distinguido personaje de aquellas montañas. Era de un muy agraciado rostro, á pesar de su ancianidad, el cual viendo venir á Santillana, se aproximó un tanto hácia él, y le dijo:—Caballero, acostumbro obsequiar en mi casa á todo pasajero de distincion, que transita por este camino, poco usado á la verdad, de personas de

alta clase. Ninguno me ha desairado hasta hoy, y espero que Vd. se dignará honrarme, descansando algunos dias en aquella su casa, que Vd. vé tan inmediata á nosotros.—Cabalmente vengo de otra, dijo Gil Blas, que se halla á una légua de aquí, y no puedo menos de admirar la urbanidad y cortesanía que estoy experimentando en un terreno, que mas bien parece destinado para la mansion de fieras, que para habitacion del género humano.—Como Vd. no ha vivido en él (contestó el anciano que se llamaba el señor don Martin) no admiro que se explique en esos términos; pero tenga Vd. entendido que estas elevadas montañas, con sus peñascos, valles, rios, fuentes y arbolado, son una de las maravillas del Eterno Hacedor en la grande obra de la naturaleza.

Conociendo Gil Blas por esta esplicacion, que este señor era otra clase de hombre que el que dejaba atrás, se apeó de su cabalgadura, y se dejó ir. A muy poco rato hicieron conversacion sobre el alojamiento que habia tenido en la casa ó palacio del primo de Fernando VII, y habiendo referido Santillana todo cuanto habia notado allí, sin omitir nada de lo que le habia dicho la doncella, se lo confirmó en tales términos el señor don Martin, que no dudó ser muy cierto lo que él habia tenido como por increíble.—Pe-

ro señor, le replicaba Gil Blas. ¿Es posible que aquel buen señor se crea primo de Fernando VII con quien dice se halla en sigilosa correspondencia, para sacarle de Valencey, donde le tiene aprisionado el emperador de los franceses?—Si señor, le contestó: Es creible eso y todo lo demas que Vd. me ha referido. El ha dado en esa manía con todas las de mas que tiene en su cabeza, así como dan otros en otras estravagancias; pero los que le conocemos no le hacemos caso, porque por otra parte sabemos que no es mas que un pobre diablo, pero con algunas buenas intenciones.—Está Vd. muy equivocado, le replicó Gil Blas, porque tiene determinado aconsejar á su primo, cuando venga, desterrar á esos pícaros, que tratan de destruirle sus mayorazgos, fundados á imitacion del de la corona.—Ya lo sabemos aquí, contestó este señor, pero antes que él y otros como él lo consigan, les hemos de dar que hacer. Yo tambien tengo mis mayorazgos, pero conociendo cuán perjudiciales son en la sociedad, entro muy gustoso en su abolicion. Tengo ademas parte de mis rentas en diezmos, y como reconozco tambien que esta contribucion no está arreglada á los principios del órden social, soy de opinion de que no debe subsistir.

—Estoy admirado, señor, añadió Santillana,

de ver en estos elevados montes dos personajes de distincion tan inmediatos el uno al otro, y tan opuestos en las ideas. Yo creia que era mas natural llevar entre Vds. la mayor armonía y trato familiar para hacer soportable la vida triste y melancólica que forzosamente se ha de pasar aquí. Al fin, cuando las personas de alguna educacion se reunen, y se tratan con frecuencia, todavía podrá ser soportable el habitar en estas montañas pobladas, á lo que yo creo, de osos, lobos y otras fieras.—Si Vd. se hubiera criado entre nosotros, dijo el anciano, seria tal vez mas feliz que los que viven en las grandes poblaciones, esclavos de sus vicios y estragadas costumbres. Aquí se goza de mas salud, de mas robustez, y de mas larga vida, por ser esta la mas conforme á la naturaleza. En los pueblos grandes es donde, regularmente hablando, reina la mayor corrupcion, y es esta tanto mayor, cuanto mayor es el número de sus habitantes. Estos naturales dedicados al ejercicio de la agricultura y vida pastoril, no conocen ciertas enfermedades que llevan al sepulcro una gran parte de los ciudadanos. El duelo, el ócio, la gula, y otros placeres sensuales no tienen cabida en estos, que parecerán á Vd. desiertos, pero que no lo son, porque donde quiera que entre estos riscos haya un pedacito

de terreno que pueda ser cultivado, allí verá Vd. una chocita habitada por una familia feliz y dichosa, que debe su sustento á la naturaleza y su cultivo. El cuidado de su labranza, de sus ganados y de su familia, forma toda la historia de su vida. Compare Vd. esta con la que se lleva en las grandes poblaciones.

—Yo he viajado un poco, amigo mio, añadió el anciano, y he notado que la corrupcion se ha aumentado á medida que el hombre se ha ido desviando de la vida natural. En una ciudad la he visto mayor que en una villa, y en una córte mayor que en una ciudad. Tambien tengo mi librería, y leo en ella que la relajacion debe ser, por ejemplo menor en Madrid que en París, y en París menor que en otra mayor poblacion, y así progresivamente. Vd. es jóven aun, y el mundo, los años, y la esperiencia, le enseñarán á Vd. esta verdad, y otras muchas. —Cabalmente con esta intencion, contestó Gil Blas, voy á recorrer algunos pueblos para formar el corazon y el espíritu, como suele decirse, y en lo poco que ya he visto, me voy admirando mas y mas de ver entre los hombres una estravagante locura, que no puede menos de producir funestísimas consecuencias. En la casa de unos tios que tengo en Castilla, en Astorga, en ese palacio del primo de Fernando VII, y al pa-

recer en esta villa de la Pola, -observo un principio de discordia civil muy contrario al bien de la sociedad. Los unos pretenden gobernar al mundo allá á su manera, trastornando leyes y principios establecidos desde tiempo inmemorial. Los otros no quieren en manera alguna admitir este trastorno, y estoy viendo venir de esta discordia una enemistad casi general que nos ha de conducir á un sin número de desgracias.

--¿Y entonces, replicó el buen anciano, quiere Vd. que lo que está mal hecho no se enmiende jamás? ¿Le parece á Vd. razonable que continuen los males que sufren los pueblos, por una mala forma de gobierno, pudiendo esto remediarse por medio de otro gobierno con otra forma muy diferente? ¿No conoce Vd. las ventajas de un gobierno representativo respecto de un gobierno absoluto? Ya verá Vd. como con esta otra nueva forma se enmiendan todos los abusos y desórdenes del gobierno anterior.—Yo soy muy jóven aun para conocer esas diferencias entre los dos gobiernos, dijo Gil Blas; pero lo que no puedo concebir es, como teniendo diezmos y mayorazgos Vd. y ese otro caballero de mas arriba, éste quiere conservarlos, y Vd. perderlos. A ninguno le agrada en este mundo que le quiten lo que tiene para vivir. Le con-

fieso á Vd. que esto no acabo de comprenderlo.

-- Pues ahí verá Vd., dijo el buen señor, la gran diferencia que hay entre los que somos liberales, y los que son serviles; pero á estos ya les llevamos el pleito ganado, y se hallan los pobretes cabizbajos, encogidos, y acobardados, de modo que no se atreven á resollar. Intrigarán y trabajarán para formar un partido; pero el nuestro siempre será mucho mayor.--Si Vds. se dividen en partidos, repuso Gil Blas, no estrañaré que lleguen á chocar el uno contra el otro hasta desgarrarse y destruirse recíprocamente.

En estas y otras iguales materias se entretuvieron el jóven y el anciano todo el tiempo que Santillana se conservó en la casa de aquel buen señor. Y habiéndole enterado Gil Blas de la historia de su vida y de sus deseos de viajar para conocer el mundo y los hombres, le ofreció una recomendacion para su hijo don Alvaro que se hallaba en la ciudad de Oviedo á la sazón. Le informó de sus estudios, y de sus obras literarias, que habia dado á luz con universal aplauso. Le aconsejó frecuentase el trato con él todo el tiempo que permaneciese en la ciudad, si queria recibir lecciones interesantes de un sugeto bien conocido en toda la Europa.

Apreció mucho Gil Blas esta recomendacion,

porque ansiaba instruirse é ilustrarse, reconociendo ya en su corta edad ciertos delirios de los hombres que no podia compaginar con su muy despejada razon. Resolvió pues continuar su viaje, y pidió permiso al ancianno para partir. Se habia aficionado tanto este buen señor de Santillana, que le obligó á detenerse por algunos dias mas en su casa. En ellos le enteró muy por estenso de una interesante empresa de su hijo en que llevaba gastados algunos miles de pesos, pero cuya obra estaba por concluir. Era esta una fábrica de hierro y acero colado (cuyo mineral y combustible abundaba en aquel pais) para la fabricacion de todos los utensilios que se hacen de este metal. La proximidad á Castilla por aquel puerto de tierra ofrecia una ventajósima salida á todo cuanto se pudiese trabajar en dicha fábrica, y á los castellanos el uso de todos estos enseres á un moderadísimo precio. Le manifestó igualmente su pequeña librería, y la mas en grande que allí tenia su hijo en la cual vio Gil Blas la grande obra de una enciclopedia inglesa en mas de ochenta tomos de una muy lujosa impresion.

Catorce leguas faltaban á Gil Blas para llegar á la ciudad de Oviedo, y habiéndole dado el señor don Martin una carta de recomendacion para su hijo, se despidió de aquel buen señor

y emprendió su ruta hácia un lugar de dos ó tres casas, llamado la Riera. Llevaba ocupada su imaginacion en la division de partidos que ya habia observado en el corto espacio que habia recorrido, y principiaba ya á sospechar que los hombres no estaban en su sano juicio por las locuras y desatinos que decian y pensaban ejecutar. No bien habia caminado media legua cuando le fué preciso apearse, porque la estrechez del camino entre aquellos riscos apenas tenia una vara de ancho en algunos parajes, y al menor tropezon de su mulo iban él y su amo por los aires volando trescientas varas hasta caer en el rio. Pasó adelante sin detenerse en en la Riera, y caminando siempre haciá abajo por las orillas de aquel rio llegó al pueblo de Belmonte. No quiso reconocer un convento de frailes que allí habia, y siguió hasta la villa de Grado y Peñafior, donde hizo alto, y en donde se propuso vender su macho á imitacion de su ascendiente Gil Blas en la venta de su mula. En doce doblones le habia tasado el canónigo su tio, pero engañado por un chalan y el mesonero, no le dieron por ella sino tres ducados que recibió gustoso, creyendo que no valia mas. Pues á mí, decia él, no me engañarán del mismo modo, antes bien he de procurar si puedo, engañar yo al comprador, porque ya voy

viendo que todos en este mundo son engañados los unos por los otros.

Estaba detenido á la sazón en Peñaflores el veredero ó conductor de tabacos de Castropol por habérsele muerto allí uno de los machos en que conducia los cajones. Aprovechándose Gil Blas de esta coyuntura, se presentó á él, y le dijo:—Mucho siento, amigo, la desgracia que le tiene detenido aquí haciendo mucho gasto, y sin poder pasar adelante. Como ha de ser! Son esos unos reveses de la suerte que no está en nuestra mano evitar, y no hay otro medio que llevarlos con resignacion y paciencia.—¿Qué paciencia ni qué demonio me aconseja Vd. para consolarme de la pérdida de un macho que me habia costado veinte doblones? Voto á brios, que estoy para renegar de todos los santos que hay en los altares de este maldito lugar. El macho que entró aquí relinchando y vertiendo vidas; verlo ahora asesinado y muerto en la cuadra con el rabo estirado y las piernas tiesas! Por vida del padre santo que estoy por tirarme al río y..... En esto comenzó á darse puñadas en la cara, y arrancarse los pelos de la cabeza. Era este veredero un tal Parrondo, nacido y criado en una de las brañas de los baqueros de Asturias. Ya se sabe que estos baqueros sienten mas la muerte de un macho que la de la

propia mujer. Por otra parte se le agregaba además otra pérdida, que era la del importe de aquella vereda, no pudiendo conducir á Castropol los cajones de tabaco que había sacado de Oviedo.

--Viéndole Gil Blas en aquel apurado lance, le dijo: Me compadezco, amigo, de su desgracia, y procurando remediársela, no tengo inconveniente en venderle el macho mio, si puedo alquilar un mozo que me lleve la maleta y las alforjas hasta la ciudad, puesto que bien podré andar á pie las tres leguas y media que me faltan.--Toma, dijo el veredero: el macho de Vd. será de silla y no puede servirme.--No amigo, cuando yo le compré era un macho de albarda, por lo cual dice ahora á pluma y á pelo; pero hágase la esperiencia cargándole los cajones y veremos como se porta. En efecto se hizo así, y cuando el animal los tuvo encima, echó á correr con ellos, bebiendo los vientos por aquella vega. --Ea, dijo entonces el señor Parrondo, ¿cuanto pide Vd. por su macho?--Ya conoce Vd., contestó Gil Blas, que no hay comparación entre el macho vivo y el macho muerto, pero por no aprovecharme de su triste situación, me dará Vd. los mismos veinte doblones que le había costado el difunto.--Para que Vd. vea que no se lo desprecio, le ofrezco

por el diez y seis. Se hallaban presentes á la sazón dos pescadores de truchas, y dijeron: —Ea señores, ni sean los diez y seis ni los veinte; pártase la diferencia, y sáquese la robla. En efecto recibió Gil Blas los diez y ocho doblones de la bolsa del señor Parrondo, y emprendió muy alegre con ellos su viaje á pie hasta la ciudad de Oviedo en compañía del mozo de alquiler, á quien pagó el porte de la maleta y alforjas con la silla que habia quedado en Peñaflores.

Luego que Gil Blas se vió en su alojamiento resolvió hacer una visita al hijo del señor don Martin de la Pola el señor don Alvaro Florez Estrada. Le entregó la carta de recomendacion que le habia dado su señor padre, en vista de la cual ofreció á Gil Blas su mesa, dinero y todo lo demas que necesitase durante su estancia en Oviedo. Correspondió Santillana á esta generosidad, contándole la historia de su vida, y como le preguntase por la familia de los Santillanas y por el canónigo Gil Perez, sus ascendientes, le dijo:—Amigo mio, no haga Vd. caso de esa genealogía ni menos de esa ejecutoria, porque toda la historia de ese Gil Blas de Santillana es fabulosa y de pura invencion. Yo no alcanzo la razon de haberse dado tanta importancia á una obra, que, en mi opinion, no es apreciable sino

en algunos capítulos en que se trata del reinado de Felipe III, de su privado el duque de Lerma, y de don Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias. No puede dudarse que en esto tiene un gran mérito esa historia, porque descubre todos los manejos de la corte en aquella época, ridiculizándolos y satirizándolos delicadamente con todos sus pelos y señales. Por esta razón no pudiendo imprimirse en España se publicó en Francia por Mr. Lessage, que obtuvo el manuscrito de la embajada francesa que había aquí á la sazón.

En todo lo demas de la historia no hallo yo mérito alguno por estar reducida á la vida de los ladrones y comediantes, y solo veo en ella el don de la claridad. Muchos literatos se han ocupado en descubrir al autor de esta obra, y ninguno lo ha conseguido; pero yo la he leído con todo cuidado, y en ella misma he conocido que es obra de dos ingenios, el uno muy señalado y el otro muy inferior. Repásela V. atentamente y sacará, como yo, que los capítulos interesantes son del distinguido literato y poeta don Luis de Góngora, que vivía y escribía en aquella época, y todo lo restante será de un discípulo suyo, á quien por afición y cariño quiso favorecer con su delicada sátira. En el capítulo 13 del libro 7.º hallará Vd.

la comprobacion de esta opinion mia.

El sabio literato don Juan Antonio Llorente, escribió en Francia un curioso libro para probar demostrativamente á los franceses, que esta historia era obra de un ingenio español, y no de un francés como ellos pretendian. En efecto, logró lo que intentaba, porque no han podido rebatir aquellos sábios las razones y argumentos aducidos por dicho señor Llorente. Este literato escudriñó cuanto le ha sido posible para averiguar el autor español de la obra de Gil Blas de Santillana, pero no se atreve á fijarse en ninguno, y solamente la quiere atribuir á un bachiller de Salamanca. En el capítulo citado libro 7.^o se declara que don Luis de Góngora era un bachiller, aunque no descubre la universidad que le confirió aquel grado.

Habiendo reconocido el sobrino de doña Casilda Perez la farsa de su alcurnia y antigua nobleza por los Santillanas, en vista de la relacion del señor Florez Estrada, resolvió frecuentar su trato durante su permanencia en Oviedo, para aprender de este sabio asturiano algunas lecciones útiles para la carrera del mundo que iba á recorrer: pero considerando ya demasiado larga esta primera sesion se despidió cortesmente de dicho señor y partió para su alojamiento.

CAPÍTULO III.

Curiosa sesion de Gil Blas con el señor Florez Estrada sobre la declaracion de guerra al emperador Napoleon.—Fogcsidad y entusiasmo de los Asturianos en esta terrible luch.—Desordenada organizacion de los primeros regimientos militares.—Horroroso patibulo del conde del Pinar y sus compañeros —Salvacion casi milagrosa de estas victimas.

Al entrar en su habitacion se halló con un hombre que le estaba esperando en ella, el cual le saludó pidiéndole una carta que traia para él. Gil Blas, que no habia recibido carta alguna, sino la que ya habia entregado al señor Florez Estrada, le dice:—Vd. precisamente viene equivocado, porque yo no conservo en mi poder ninguna carta para nadie.—Saque Vd. su cartera, dijo el buen hombre, y veremos si en ella viene una para mí. En efecto entre otros papeles insignificantes se halló un sobreescrito que decia: *Al señor don Rodrigo Antonio Alvarez, del comercio de Oviedo*—Servidor de Vd. dijo entonces este honrado comereiante, y añadió:—Por el correo de hoy recibo carta de As-

torga encargándome entregue á Vd. cuanto dinero necesite en esta ciudad, y que al partir de ella le facilite letra abierta para donde Vd. vaya. Me dicen además que en su cartera, sin sin saberlo Vd., han puesto otra carta para mí, y esta es la que Vd. me acaba de entregar. En vista de ella no puedo menos de ofrecerle á Vd. mi casa en la cual estará Vd. con alguna mayor comodidad.—Con mayor comodidad bien podrá ser, dijo Gil Blas, pero con mayor libertad lo dudo, por cuya razón doy á Vd. las más debidas gracias: y en orden á dinero me veré con Vd. cuando lo necesite.

Se quedó pues en su alojamiento el señor Santillana, y determinó reconocer la ciudad y sus principales edificios. Admiró la arquitectura de aquella hermosa catedral, en cuyo panteón le dijeron que estaban enterrados catorce reyes y reinas. Examinó los tres conventos de frailes, que allí había, uno de benedictinos, otro de dominicos y otro de franciscos. Vió el exterior de otros tres de monjas que hay en aquella ciudad, y reconoció el grande Hospicio que está á muy corta distancia de la población. Admiró sobre todo un singular puente de cuarenta y uno ojos de sillería inmediato á este edificio, por sobre cuyos ojos se conduce el agua necesaria para la ciudad. El conjunto de esta pobla-

cion le pareció muy agradable, por lo cual resolvió permanecer allí por algun tiempo.

Paseándose un dia por los claustros de aquella universidad se acercaron á él algunos estudiantes, que le reconocieron por compañero suyo. Luego que supieron de él que habia cursado en las cátedras de Salamanca, le preguntaron sino habian abandonado los estudios todos los escolares salamanquinos, como ellos lo habian hecho ya, cambiando las letras por las armas. Entonces les preguntó Gil Blas por qué habian hecho un cambio tan disparatado emprendiendo una carrera tan opuesta á la de las universidades. Todos á una voz le respondieron que lo habian hecho para singularizarse, no solamente en la Europa, sino en el mundo entero, porque pensaban hacer lo que ninguno habia hecho hasta entonces. Habiéndose admirado Gil Blas de esta arrogancia, tomó la palabra por sus compañeros uno de los mas espadachines, y le dijo: -Sí amigo, nosotros vamos á ser dentro de poco coroneles, brigadieres, mariscales y generales, decididos todos á concluir con el mas valiente general que han conocido los siglos, con el que ha destronado tantos reyes; con el que ha vencido nada menos que al sucesor de los Apóstoles; en una palabra, con el emperador de los franceses y rey de Italia. Sí amigo, nosotros

que al presente no tenemos otras armas que el incomprendible Goudin, el inesplicable Arnoldo, el confuso Cabalarío, las vetustas Pandectas y la intrincada Summa de Santo Tomas, hemos de hacer prodigios tales de valor, que hemos de asombrar el mundo. El primer paso, el mas audaz y el mas atrevido ya está dado. Lea Vd. esa incomparable proclama del procurador de este principado el señor don Alvaro Florez Estrada, y luego nos dirá Vd. si ha habido otra mas atrevida, ni mas esplicita, ni mas anticipada, ni mas declaratoria de una cruda guerra contra ese invencible Napoleon, contra ese coloso inespugnable contra ese incomparable guerrero y conquistador universal. Pues ha de saber Vd. que ya hemos jurado no dejar las armas de la mano hasta acabar con él, desterrándole de nuestro continente para no volver á pisarle jamás. Cuando él llegue á leer ese inimitable documento cogerá el mapa y le costará algun trabajo hallar en él el despreciable rincón que se atrevió el primero á declararle la guerra. Resolverá tal vez allá en su interior sembrarle de sal para que desaparezcan para siempre de su suelo todos sus habitantes, de forma que ni las plantas ni las yerbas de los campos puedan vegetar en él; pero hemos jurado su muerte, y nuestros juramentos se han de cumplir.

Aterrado Gil Blas con esta fanfarronada escolástica, les dijo:--Ello bien podrá suceder lo que Vds. presagian, porque todo es posible en la carrera de los sucesos, pero muchos han de ir á celebrar esa victoria á la eternidad antes de conseguirlo.--Eso es lo que menos nos importa, le contestaron todos á la vez: la muerte del guerrero es la mas gloriosa de las muertes. Todos hemos nacido para morir. Cuando se trata de vencer al enemigo, se desprecia la vida. Esta es la que vamos á jugar muy alegremente. Si la perdemos alcanzaremos una gloria que nos inmortalizara: Si vivimos, podremos llegar á ser generales, y mandar ejércitos, como el mismo emperador contra el cual nos hemos declarado. Lo cierto es que no hemos de dejar las armas de la mano hasta vencerle, y obligarle á restituírnos á nuestro adorado Fernando, el cual nos tiene allá aprisionado por la mas infame traicion.

--Oh! dijo Gil Blas: como Vds. consigan sacarle de su cautiverio, muy reconocido debe estar, y no habrá premios ni recompensas que no prodigue á sus libertadores, á los cuales ya no llamará vasallos, sino súbditos, porque esto de vasallaje me parece que es algo denigrativo. --Toma! dijeron los escolásticos; esto ya lo estamos arreglando nosotros con anticipación

para cuando venga. Así como nosotros hemos jurado vencer ó morir por él, del mismo modo tendrá él que jurar cierto código que le estamos preparando, y muchas gracias que debemos porque no buscamos otro que haga de jefe principal del Estado. Por este código es verdad que no será un rey absoluto como lo han sido todos sus abuelos, pero será un rey constitucional, que es lo que mas le agradará, porque estos son los mejores reyes del mundo. Cuando estos se presentan á abrir y cerrar unas Cortes, que les han de decir lo que han de hacer, tienen á mucho honor el desempeñar el oficio de criados de aquellos de quienes eran antes ellos los amos. Suelen ser estos á veces unos cuatrocientos ó quinientos para un solo criado, y esto es lo que mas les honra, porque un criado para un amo solo donde quiera se halla, pero un criado que pueda servir á seiscientos ó á setecientos amos á la vez, no puede hallarse sino en un rey constitucional.

—Luego Vds., repuso Gil Blas, han acometido dos empresas á un tiempo las mas formidables, á saber: La una nada menos que vencer al vencedor casi universal, y la otra abolir el gobierno monárquico, que por tantos siglos ha regido la España. En verdad que se necesita valor para llevarlas á cabo.—Pues ahí verá Vd.

como dijo el otro. Aquí no somos para menos, y todo lo hemos de conseguir. Bien podrá ser, contestó Gil Blas: en toda empresa hay sus ganancias y sus pérdidas, y yo no me atreveré á decir cuáles serán mayores aquí. Entre Napoleón y Fernando alguna diferencia debe haber, pero no dudo que Vds. habrán elegido lo mejor. Entre un gobierno absoluto y un gobierno constitucional tambien debe haber alguna diferencia: tampoco dudo que Vds. habrán sabido adoptar el mas conveniente. Es verdad que todo esto lo ha de demostrar la esperiencia, pero el toque está en conocerlo antes que la esperiencia lo manifieste.

—Muy atrasados se hallan, al parecer, dijeron los escolásticos, los cursantes de la universidad de Salamanca donde Vd. ha estudiado.

—No lo crean Vds., dijo Gil Blas, porque tambien allí los hay que no se quedan atrás de cuanto aquí se trata; pero yo he observado en mi corto viaje desde Castilla ciertas señales, que no me presagian el mejor resultado. Para esta clase de empresas me parece á mí que es necesaria la mayor union y armonía entre todos los empresarios, y he notado en mi corto viaje que no todos están acordes entre sí, especialmente en la nueva forma de gobierno que se intenta. Ah! Ya conocemos esa familia, le dijeron; pero sino

entran en nuestros planes con buena voluntad, ya los haremos entrar á la fuerza. — Entonces, repuso Gil Blas, habrá dos guerras, la una con los de afuera, y la otra con los de adentro, que no será la menos temible.

No quiso Gil Blas continuar por mas tiempo esta sesion, y se despidió de los estudiantes con toda cortesanía. Tomó la direccion del campo de san Francisco, y antes de llegar allí oyó una gritería universal, que hacia estremecer los aires, diciendo todos á una voz: *Viva Fernando VII! muera Napoleon.* Se fue aproximando hácia el sitio donde este ruido sonaba, y vió casi todo el campo lleno de paisanos armados de palos y chuzos, los unos descalzos, los otros medio desnudos, y algunos con mejor ropaje, pero en mangas de camisa. Otros habia tambien regularmente vestidos al estilo del pais. A unos y otros preguntaba un hijo de la ciudad, ¿Quién quiere ser cabo? ¿Quién quiere ser sargento segundo? Yo no quiero ser sino sargento primero, decia uno. Yo quiero ser cabo tercero, decia otro. Escandalizado Gil Blas de este desorden y desconcierto, decia para consigo. Dios mio! ¿Ha de ser posible que de esta confusion, y de esta gente desordenada se han de formar ejércitos capaces de batirse con los ejércitos que han conquistado la Italia, la Alemania, la

Prusia y casi toda la Europa? Pues si esto puede ser, tambien es preciso confesar que todo es posible en este mundo.

No despreciaba Gil Blas nada de cuanto veia y observaba, y de esta manera fue formando poco á poco su razon, de forma que llegó á ser con el tiempo un hombre meditabundo y pensador. De lo poco que habia visto hasta entonces, comenzaba ya á sospechar, que la mayor parte de los hombres no estaban en su sano juicio, en vista de las locuras que se dejaban hacer y decir, pero aun no se afirmaba por completo en esta opinion, hasta ver mas mundo y tener mas experiencia. Estos asturianos, decia para consigo, tienen mucha imaginacion y entusiasmo, pero no puedo afirmar aun si son del todo cuerdos.

Como los estudiantes de aquella universidad se habian sublevado los primeros en España contra los franceses, habian estos enviado para calmar esta sublevacion al conde del Pinar, al doctor don Juan Martinez Valdés, á un militar frances, y á un tal Lallave que mandaba en la provincia de Santander. La efervescencia asturiana se habia declarado tan fuertemente contra estos cuatro pacificadores, que no hubo remedio, para evitar un arriesgado tumulto, sino el de arrestarlos en la fortaleza de aquella ciudad. Tal era el entusiasmo general contra todos los

ejércitos de Napoleon que ocupaban la península, muy capaces por sí solos de reducir á cenizas todo el principado de Asturias; pero estos naturales, sin contar por entonces con el auxilio de ninguna otra provincia, se creyeron bastantes y suficientes para aterrar la Europa entera, que ya habia sucumbido casi toda al irresistible poder del emperador Napoleon. Continuaron por algunos dias arrestados en la fortaleza los cuatro anunciados pacificadores: pero habiéndose esparcido la voz de que se trataba de salvarles la vida embarcándoles en Gijon, esto fue lo bastante para otra sublevacion dirigida á fusilarlos en el campo de san Francisco. Pasaba Gil Blas por la calle de este nombre cuando vió venir á los cuatro metidos entre bayonetas en medio de un tumulto y de una horrisona gritería diciendo todos á una voz *mueran esos traidores*. En efecto los condujeron al sobre dicho campo, y cuando iban ya á ser fusilados al pie de aquellos árboles, pidieron confesores para morir como cristianos. No podia negarles este auxilio la religion asturiana, y vinieron efectivamente cuatro religiosos que les administraron el sacramento de la penitencia al pie de aquel horroso patíbulo.

Ocurrió en este intermedio al señor don Manuel Miranda, hermano de la señora mar-

quesa viuda de Santa Cruz, hacer salir de la catedral á su divina Magestad, y lo mismo fué llegar el divino Señor al frente de aquella turba frenética, que gritaron todos á una voz: *El Señor les ha salvado: Su divina Magestad les ha perdonado*: y todos hasta entonces tigres, y lobos carniceros se convirtieron repentinamente en inocentes corderos y mansas ovejas; ¡Oh poder incomprensible de la sacrosanta religion!

Aturdido Gil Blas con estas originalidades del carácter asturiano, no acababa de fijarse en su calificación. Unas veces le admiraba y elogiaba, y otras suspendía su juicio sobre lo que real y efectivamente podían ser, por lo cual determinó permanecer entre ellos algun tiempo para no equivocarse. El se habia propuesto en sus viajes sacar todo el fruto posible del mundo que iba á recorrer, y le parecia que el medio mas seguro de conseguirlo, era observarlo todo muy atentamente, y meditar muchas horas sobre lo que se le fuese presentando. Efectivamente iba consiguiendo por este medio ilustrar su entendimiento, y rectificar las ideas, que la mayor parte de los hombres tienen como trastornadas en su imaginacion.

Habiendo resuelto hacer otra visita al señor Florez Estrada, se propuso saber de él cual

podria ser el resultado del temerario arrojo asturiano en la declaracion de guerra al emperador de los franceses y rey de Italia, terror y asombro de todas las naciones europeas. Tuviron efectivamente entre los dos una sesion sobre este punto, y habiéndole preguntado Gil Blas si era cierto, como le habian asegurado, que él era el autor de la proclama declaratoria de esta guerra atroz y sanguinaria, le respondió que asi era la verdad: que vista la infame traicion del emperador, que se habia apoderado de toda la familia real, para usurpar la corona de España, la cual le habia sido aliada y amiga hasta entonces, no podia tener esto otro remedio, que el de una *revolucion*: que el indomable carácter español no podia tolerar una afrenta semejante, por lo cual harian la guerra mas horrorosa, no solamente los hombres, sino tambien las mujeres, los niños, los viejos y todos los habitantes de la España, de forma, que los ejércitos franceses solo dominarian el terreno que ocupasen, pero nada mas: que para conseguir estos la conquista de toda la nacion, era indispensable ocupar militarmente la España entera, y que esto era un imposible: que aunque se hiciesen dueños de una provincia, esta se volveria á sublevar en el momento que ellos emprendiesen la conquista de otra:

que generalizada la revolucion, el triunfo era seguro, porque el pueblo que queria ser libre, lo era con solo quererlo ser, segun el dicho del mismo emperador de los franceses: que ademas teniamos en nuestro favor y ayuda esa terrible Inglaterra, cuyo esterminio se proponia Napoleon con la conquista de la España, y que esa nacion marítima, nos auxiliaria defendiendo y resguardando nuestras costas, pues era su poder tan formidable en la mar, como el de Napoleon en la tierra: que esta nacion nos daría armas y municiones cuantas fuesen necesarias para hacer la guerra al tirano de la Europa, y ademas todo el dinero que necesitásemos, pues ya habia introducido por Gijon treinta millones de reales, los veinte para sostener la sublevacion asturiana, y los diez para insurreccionar la provincia de Leon: que esta provincia ya la habia insurreccionado el canónigo don Ramon de Ponte antes que hubiese la menor noticia de los treinta millones, y que todas las provincias del reino habian seguido el mismo impulso contra el usurpador: que ademas de lo dicho, se hallaba precisada la Inglaterra á auxiliarnos tambien con sus ejércitos en la península, para conservar el Portugal que consideraba como una colonia suya: que si el emperador conseguia hacerse dueño de todo el territorio de la

parte de acá del Pirineo, completaba su sistema continental, no permitiendo el comercio inglés en ningun punto de Europa, lo cual era casi lo bastante para aniquilar el poder de la Gran-Bretaña: que este incomparable conquistador habia resuelto ademas, para acabar con esta su enemiga nacion, hacer allí un desembarco de cincuenta, á sesenta mil hombres por medio de unas lanchas cañoneras que habia mandado construir al efecto, y que si se hacia dueño de la Península, era éste su proyecto favorito para emprenderlo inmediatamente: que ninguna potencia europea le podia estorbar la ejecucion de esta atrevida empresa, habiéndose puesto ya de acuerdo con el emperador de la Rusia para la conquista de la Península, y que no seria difícil á la perspicacia del sábio gabinete inglés deshacer esta alianza de los dos emperadores, con lo cual podia muy bien suceder que antes que Napoleon acabase con los ingleses, acabasen estos con él. Por todo lo cual, aunque algunos calificaban de temeraria su declaracion de guerra á la Francia, él veia las cosas de otra manera, por cuya razon habia dado su proclama clara, esplicita, determinada, sin rodeos ni tergiversaciones como otras varias que se habian publicado en otras provincias.

Aturdido Gil Blas con el caracter nervioso

de este señor don Alvaro, hijo de de los montes y peñascos que circundan la Pola de Somiedo, no se atrevió por entonces á hacerle algunas observaciones, y reservándolas para otra entrevista, se despidió de el, y se dirigió á su alojamiento.

de este señor don Alvaro; hijo de don Juan
y de doña Juana que vivieron en la
ciudad de México por entonces á nombre
de algunos señores, y reserandolos para
esta familia, se despidió de él, y se dirigió á
su casa.

CAPÍTULO IV.

Razonan el señor Florez Estrada y Gil Blas, sobre las consecuencias de la guerra de la independencia, y sobre sus ventajas ó pérdidas.—Comparacion del gobierno representativo con el monárquico entre los romanos.—Visita Gil Blas el puerto de Gijon y la villa de Avilés.—Emprende despues su salida de Asturias para Santander.

Al siguiente dia determinó Gil Blas hacer otra visita al señor Florez Estrada con la idea de ponerle algunas objeciones sobre la sesion anterior. En efecto lo verificó así, y cuando se halló en su presencia, se esplicó con el de esta manera:—He meditado, señor, algunas horas sobre las razones que le impulsaron á declararse el primero tan abiertamente contra el invencible poder del emperador de los franceses. Digo el primero, porque de la manera que Vd. lo hizo, ninguno lo habia hecho hasta entonces, y por tanto lo considero como el mas temerario arrojo que ningun sensato español se atrevió á cometer en aquellas circunstancias. Digame señor: Si Vd. y los demas que le siguieron

despues se hubieran estado quietos y pacíficos, atendiendo á sus negocios, y esperando ver venir la suerte que estaba predestinada para la España, segun el incalculable curso de los sucesos, ¿no es una verdad que hubieramos evitado la mas desoladora guerra que puede sacrificar en España una numerosísima parte de sus habitantes? Y si despues de este sacrificio de rios de sangre humana con que vamos á regar nuestro suelo pátrio, no sacamos maldita la ganancia, sino tal vez pérdidas muy considerables: ¿no es una verdad tambien que somos muy brutos en ir á buscar la muerte entre las balas, bombas y metralla sin saber por qué? Digo sin saber por qué, puesto que el objeto de esta guerra no es otro sino el de no consentir que nos mande y gobierne el emperador Napoleon, sino Fernando VII, y no podemos saber por cual de los dos seriamos mejor gobernados.

Por lo que hace el auxilio de la Inglaterra no tengo la menor duda en que esta astuta nacion nos auxiliará cuanto le sea posible, porque en ello tiene un interés mucho mayor que el nuestro, pues á no ser así, no creo yo que esta potencia se sacrifique por nadie de este mundo. Tampoco dudo que nos dará dinero para hacer la guerra, de los millones que nos tiene allá en pesos mejicanos de las cuatro fragatas que nos

apresó, y se adjetivó tan escandalosamente cuando eran nuestros amigos; pero ya sabrá resarcirlos con ventajas por la introduccion aquí de sus algodones y demas géneros de su industria. Mas yo quiero dar por supuesto que, ó bien por nosotros solos, ó bien con el auxilio de los ingleses, consigamos vencer al emperador Napoleon: en este caso pregunto, ¿habremos adelantado otra cosa que el rescate de nuestro Fernando? Y esto será si se le antoja al Emperador, porque aun cuando se halle vencido, muy bien podrá envenenarle ó asesinarle: de suerte, señor, que hasta la vida de nuestro rey exponemos con quinientas ó seiscientas mil vidas que ha de costar esta guerra bárbara y atroz.

—¿Y no considera Vd. en nada nuestra independencia, repuso el señor don Alvaro?—Nuestra independencia, ó por mejor decir, replicó Gil Blas, nuestra dependencia se queda como estaba. Españoles somos, y españoles seremos en uno y otro caso. Yo no veo otra diferencia que la de depender de Fernando, ó depender del emperador, y yo no me atreveré á decir si tal vez ganariamos mas en la dependencia de este último que jamás podria impedirnos de ser españoles. Yo no veo aquí sino un cambio de dinastía, y de estos cambios hemos tenido

ya bastantes. Sin apelar á romanos, cartagineses, godos ni sarracenos, en ese tiempo de los reyes católicos teníamos nuestra dinastía. Posteriormente hemos tenido otra en los príncipes austriacos: despues hemos cambiado esta dinastía por los príncipes de la casa de Borbon, pero siempre con unos y con otros hemos quedado españoles. Y en verdad que esta última dinastía nos han costado bien cara en las guerras de sucesion.

—Señor don Alvaro, yo soy muy jóven aun para hablar con Vd. sobre esta materia, y otras muchas, que no las puedo concebir como los demás, y por lo mismo procuro viajar para ilustrarme tratando con hombres de mundo y experiencia como Vd.

Dígame señor: si este Fernando cuya vida nos va á costar medio millon de vidas, no nos corresponde despues, como debe, á un sacrificio tan costoso, ¿no es una verdad que nos llevamos un gran chasco?—Oh! contestó el señor don Alvaro, no es un imposible, y por lo tanto ya estan tomadas las medidas para atarle de pies y manos, de forma que nada podrá hacer sino lo que le manden.—Pero señor, repuso Gil Blas, ¿cómo se pueden atar las manos y los pies á un rey que es el que puede atar los de todos? Muy fácilmente, respondió el señor Flo-

rez Estrada. Ya está formada la Constitucion que tendrá que jurar cuando venga, y por ella nada podrá hacer sino ejecutar lo que se le ordene.—Y quién se lo ha de ordenar?—El pueblo soberano —Pero señor, ¿en qué edificio ha de caber todo el pueblo español?—No es menester que todo el pueblo venga á mandar. Bastará que nombre cuatrocientos ó quinientos del mismo pueblo que manden en nombre suyo.—Ah! Ya lo entiendo: es decir, que si antes el pueblo habia determinado, que solo el rey mandase en su nombre, ahora quiere que sean cuatrocientos ó quinientos los que manden á un tiempo.—Y dígame, señor, ¿Será mucho mejor gobierno aquel donde son tantos á mandar, que el otro donde no hay sino una sola cabeza principal á la cual todos deben obedecer?—Delicada pregunta es esa, amigo mio: de todo han tenido los hombres y de todo han abusado. Por eso le queda al pueblo soberano el gran remedio de la revolucion.—El pueblo soberano! Yo no puedo comprender bastante bien esta soberanía, y quisiera que Vd. tuviese la bondad de explicármela. Dígame señor: Si el pueblo es el soberano, ¿quiénes son los súbditos?

No ocurriéndole al señor Florez Estrada una respuesta categórica á esta pregunta, dió otro giro á la sesion y dijo á Gil Blas:—Supongo

que Vd. habrá estudiado la historia de Roma. --Si señor, contestó este. En la universidad de Salamanca se nos manda leer y conocer esta historia— Pues bien, en ella habrá visto Vd. los excesos y tropelias que han cometido los siete primeros reyes que tuvo Roma. Y dígame Vd. también ahora: si el pueblo no hubiese mudado entonces por una revolución la monarquía en una república, ¿no continuarían los reyes abusando del poder?—Y los jefes de aquella república, contestó Gil Blas, ¿no abusaron también? ¿No encarcelaron y dieron muerte á muchos del pueblo solo por deudas? ¿Cómo trataron aquel pueblo soberano cuando le obligaron por sus excesos en el poder á su famosa retirada al monte sagrado? Pues otro tanto no lo hicieron durante el poder del gobierno monárquico.

En este caso siempre le queda al pueblo el remedio seguro y eficaz que es el de otra revolución. Cuando no prueba bien la república, se apela á otra forma de gobierno diferente entre tantas formas como se han probado ya en la Grecia, y en otras naciones del Asia, y entre los egipcios en el Africa.—Triste remedio, señor, es el que le queda al pueblo con la revolución, porque en ella forzosamente se ha de sacrificar á sí mismo, y sí después de este sa-

crificio queda tal vez en peor estado, como sucedió al pueblo romano, en verdad que el remedio podrá ser peor que la enfermedad. Yo quisiera que los hombres sábios y filósofos inventasen otro remedio mas barato, porque la sangre del pueblo no tiene precio. No quiso Gil Blas alargar mas esta sesion, y partió para su alojamiento.

Continuó sin embargo su trato con el señor Florez Estrada, y admiró en él una nobleza de alma poco comun. Era naturalmente desprendido, generoso, liberal y un verdadero amigo del pueblo, pero demasiadamente determinado á sacrificar una parte de este mismo pueblo por medio de una revolucion en beneficio suyo. Esto no lo podia aprobar Gil Blas en su interior, porque apreciaba en el mas alto grado la sangre de sus semejantes, pareciéndole que la vida del hombre es preferible á todo cuanto hay en este mundo de miserias.

Como la capital del principado de Asturias es un pueblo verdaderamente agradable por su salubridad, abundancia y baratura de alimentos, determinó Gil Blas permanecer allí por algun tiempo, con el ánimo tambien de pasar á Gijon y Avilés distante el primero cuatro, y el segundo cinco leguas de aquella ciudad. A muy pocos dias emprendió su viaje á la villa y puerto

de Gijon, patria del sábio don Melchor Gaspar de Jovellanos, distinguido asturiano y señalado español, tal vez mas apreciado de las naciones extranjeras que de la suya propia, por sus singulares virtudes, y por la universalidad de sus conocimientos. Allí vió Gil Blas echados los cimientos del famoso Instituto asturiano que habia de ser con el tiempo el plantel de ciencias y artes, honra y gloria, no solamente de aquella provincia, sino de toda España, si las vicisitudes de los sucesos humanos le hubieran permitido llevar á su debido fin este pensamiento tan grandioso. Observó sin embargo, que en el piso bajo de aquel edificio (que no le fue posible levantarle mas) habia cátedras y maestros donde se enseñaban las primeras letras, las matemáticas, la náutica, la geografía, el dibujo, lenguas y otras varias ciencias entre las demas que el génio de aquel sábio se habia propuesto radicar allí, pues era su intencion plantear en aquel edificio una enseñanza casi universal.

Como unos ocho dias se detuvo Gil Blas en aquel pueblo mercantil, y le agradó sobremana el carácter de sus habitantes por la franqueza de su trato y por su notable afabilidad, adquirida tal vez por el roce con los extranjeros que frecuentaban aquel puerto. Casi todos sus habitantes eran decididamente liberales, no

solamente en sus opiniones políticas, sino tambien en el trato social. Conversaba con ellos Gil Blas en el paseo de aquel suntuoso muelle, pero en cuya bahía se quedan los buques en seco, por cuya razon no entran en ella los grandes buques. Tambien pensaba en suplir esta falta el sapientísimo Jovellanos, construyendo otro muelle en una grande arsenada que hay al frente de aquel puerto, pero este y otros grandes proyectos en beneficio público se los cortó la emulacion, la envidia y la ignorancia, derribándole ignominiosamente del alto puesto, desde el cual habia de hacer muy señalados servicios á su nacion: deplorable fatalidad del espíritu humano, que nos demuestra á cada paso cuantos peligros rodean al hombre sábio y benéfico.

—A las cuatro leguas de Gijon se halla la villa de Avilés para donde partió Gil Blas con la idea de observar la patria del adelantado de la Florida Pedro Menendez de Aviles, y del famoso piloto Antonio Florez. Le agradó sobremanera la posicion topográfica de esta villa situada en una llanura, y rodeada de una ria, que la divide en dos brazos, separándola del puerto de Sabugo. Admiró la idea de estas dos poblaciones, cuyos fundadores se propusieron que sus habitantes pudiesen recorrer todas las calles sin

sol y sin agua, edificando todas las casas con sus correspondientes soportales. La plaza de aquella villa le pareció superior á la de la capital del principado, como sin duda lo es, pero el carácter de aquellos moradores, ya no le halló igual á los del puerto de Gijón, á pesar de la corta distancia entre unos y otros. Estas notables diferencias en la especie humana ocupaban su imaginacion por largo tiempo, porque se habia propuesto observarlo todo detenidamente, á fin de indagar, si le era posible, el origen y la causa primordial de las discordias humanas, y de la infelicidad de los hombres. En lo poco que habia recorrido habia notado ya bastantes delirios, extravagancias y locuras, pero no podia fijarse aun en la causa primordial de este desorden en la sociedad. Esperaba por lo mismo recorrer otras provincias y ver mas mundo, para observar y comparar, á cuyo fin resolvió regresar á la villa de Oviedo, y emprender desde allí su viaje á la provincia de Santander, como así lo verificó.

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Sale de Asturias Gil Blas, y se dirige á Santander por Colombres y Santillana.—Huye Gil Blas de Santander y cae prisionero por las tropas francesas.—Mejora de suerte en su prision, destinándole á servir á un sobrino de un coronel francés.—Lectura del Quijote de Cervantes.—Idea de otro semejante Quijote.—Lance extraordinario con el sobrino del coronel.

Emprendió su salida Gil Blas por la marina dirigiéndose á Villaviciosa, Colunga, Rivadese-lla y Colombres, término final de la provincia de Asturias, y principio de la de Santander. Coronaba el elevado punto de Colombres una muchedumbre de tropa, compuesta de milita-

res y paisanos muy persuadidos todos ellos de que era un imposible que los ejércitos franceses pudiesen penetrar por allí. Se le presentó la ocasion á Gil Blas de hablar sobre esto con el jefe principal de aquella guarnicion, y le dijo:—Efectivamente³ defienden Vds. un punto muy dificil de tomar por el enemigo, puesto que desde aquí dominan Vds. todas las alturas, que no puede ocupar el ejército francés sin perder mucha gente, pero yo creo que los que atravesaron los montes casi inaccesibles de los Alpes se burlarán de las alturas de Colombres.—Eso lo veremos, contestó aquel comandante. Todos los que aquí estamos hemos jurado morir antes que rendirnos á esos mentecatos, si intentasen invadir nuestro territorio.—Tambien ellos, replicó Gil Blas, han jurado perder su vida antes que faltar á las órdenes de sus jefes, y esto lo saben cumplir exactamente. Perecerán algunos, es verdad, antes de tomar estas alturas, pero si se empeñan en tomarlas, no dude Vd. que las tomarán, porque al emperador de los franceses nada le importa la pérdida de dos, tres, cuatro mil y mas hombres cuando se trata de salir vencedor, y no vencido.—Pues veremos le replicaron á Gil Blas, quien se cansa primero de morir.

—Oh! bárbaros dijo para consigo Santillana,

y se bajó hasta el rio por aquellos derrumbaderos. Algun tiempo despues ya supo que á la entrada de los franceses por aquel punto ganaron los de arriba á los de abajo en la ligereza de los pies, por cuanto no fué posible alcanzarlos, ni menos poder dar con ellos por entre aquellos montes. La misma arrogancia, la propia valentía, y el entusiasmo mismo observó Gil Blas contra el emperador y sus éjercitos en san Vicente de la Barquera, Comillas y Santillana. En este último punto se detuvo unos dias para averiguar en donde estaba la cuna primordial de sus ascendientes, pero ninguno le supo dar razon del canónigo Gil Perez, ni menos de su hermana, la madre del tan celebrado Gil Blas del siglo XVII. Desde entonces comenzó á fijarse en que toda esta historia era tan imaginaria como la Insula de Sancho Panza, por mas que el erudito Pellicer se haya empeñado en marcar esta Insula cerca de Buenavia, en el rio Ebro, como propia de los estados de los duques de Villa-Hermosa. Este erudito señor bibliotecario de S. M., con toda su ilustracion, se há derretido los sesos por demostrarnos, que todas las aventuras de don Quijote en la casa de los duques han sucedido en el palacio ó castillo que tenian los señores de Villa-Hermosa en Buenavia, junto á las riberas

del Ebro. Por consiguiente, que allí y no en otra parte se presentó Merlin y Montesinos anunciando el desencanto de Dulcinea con los azotes de Sancho; allí la aventura de Clavileño; allí la enamorada Altisidora de las buenas partes de don Quijote; allí los arañes gatescos sobre las narices del caballero andante; allí los singulares acontecimientos de la dueña doña Rodríguez, junto á la cama del valiente manchego á media noche; y finalmente allí el nombramiento hecho por el duque de Villa-Hermosa del gobierno de Sancho en la Insula Barataria.

Pero señor Pellicer, pregunta mi curiosidad, sió hubo en el mundo tal don Quijote de la Mancha, ni tal escudero Sancho Panza, ¿á donde ni en qué punto de la tierra podremos hallar una insula que jamas existió, ni su gobierno? Oh ingeniosísimo Miguel! Y á cuantos has hecho reir y delirar con tu incomparable imaginacion! Esa tu originalísima idea de suponer loco á tu héroe con la lectura de los libros de caballería, no tiene semejante, ni se halla una igual ocurrencia en los anales de las historias de todo el universo. Con ella has conseguido desterrar para siempre del mundo literario esa disparatada leyenda, ese fárrago de embustes, delirios, encantos, y quimeras imposibles, por donde creían ilustrarse los hombres de aquella época.

Cayeron aquellos libros, como tu mismo lo has pronosticado, antes de dar á la prensa el rayo que los habia de herir mortalmente. Yacen todos en el eterno sepulcro, de donde no volverán á salir jamás, y la posteridad pretérita y futura te ha tributado y tributará el merecido galardón de tu trabajo, concebido y perfectamente desempeñado entre las paredes de una cárcel.

A imitación tuya he procurado yo, ingeniosísimo Miguel, desterrar de la sociedad, por el mismo medio, otra leyenda mucho mas perjudicial, en nuestros dias, que cuantos libros de caballerías hubo en la tierra. A imitación tuya he procurado yo leer otros tantos ó mas libros de la falsa filosofía, como has leído tú los de la caballería para combatirlos y desterrarlos de sobre la faz del globo, para que jamás vuelvan á parecer sobre él, y acabar con la mitad del género humano. Esta leyenda, Cervantes inmortal, hizo ya mas desastres en la humana especie, que cuantos libros de caballería hubo en el mundo. Los desatinos, delirios y locuras, que se han estampado en los libros de la falsa filosofía, son mayores aun que los que tú describes en Amadis de Gaula, Palmerin de Inglaterra, don Bellianis de Grecia y sus semejantes, y sin embargo han sido tan creídos los

unos como los otros. Con esta leyenda perdió tambien el juicio mi héroe Mr. Le Grand, y dió en la extravagante manía de emprender una regeneracion universal en la humana especie. Con la idea de realizarla sembró sus libros filosóficos por todos los departamentos de la Francia, y consiguió por este medio realizar la espantosa revolueion de 1789, cuya horrorosa hisotria describo en mi *Quijote del siglo XVIII*, para que los venideros se asombren y escarmenten en una leccion tan terrible. Con esta leyenda se verificaron todas las demas revoluciones que se sucedieron á la de la Francia en las demas naciones europeas. Con esta leyenda se revolucionaron las Américas corriendo espantosos rios de sangre humana en todas estas revoluciones por la maldecida lectura de los libros de la falsa filosofia, que mi regenerador universal se propuso estender por todas partes para hacer la felicidad de todo el género humano.

Con esta idea le hago dar la vuelta al mundo, acompañado de otro gracioso escudero, pariente muy inmediato de Sancho Panza. Con esta idea se hace en mi *Quijote* una relacion histórica de todos los puntos por donde ha pasado mi héroe en Europa, Asia, Africa y América, para que los lectores conozcan el mundo y los

hombres, que no han conocido los filósofos, que se han propuesto la regeneracion de la humana especie. Con esta idea presento cien textos de la Biblia en contraposicion de la falsa filosofía: y asi como tú has profetizado que se habian de sepultar en el olvido los libros de caballería, del mismo modo me atrevo yo á predecir, que con igual desprecio han de ser mirados los libros que pervierten la juventud inesperta para el trastorno de los gobiernos establecidos, y del órden social. Pero volvamos á coger el hilo y sigamos el rumbo de nuestro Gil Blas.

Emprendió este su salida de Santillana, y se dirigió á la ciudad de Santander, en la cual y toda su provincia observó un levantamiento igual al de Asturias contra Napoleon, dirigido por aquel original obispo don Rafael Menendez de Luarca. Cuando le dijeron que aquel ilustrísimo prelado insurreccionaba á todos sus diocesanos con un crucifijo en una mano, y la espada en la otra, conduciéndoles al esterminio por los horrores de una guerra que debia acabar con una gran parte de estos infelices, exclamó:—¡Oh soberano Jesus, Jesu-Cristo, redentor nuestro tú no has usado jamás de la espada en el sagrado ministerio de nuestra redencion; si tú has predicado siempre la caridad, y el amor fraternal que debe reinar entre todos nosotros; si tú nos

has dicho, que tu reino no era de este mundo, y que para llegar á él, haga cada uno abnegación de sí mismo, tome su cruz, y que te siga, ¿en qué parte de tu evangelio, ó en qué punto de tu sagrada doctrina pudo hallar este sucesor tuyo y de tus apóstoles, que debemos sacrificar á nuestros semejantes ó ser sacrificados por ellos en la mas cruda guerra que ni los tigres, ni las mas feroces bestias han tenido jamás?

Irritado Gil Blas con estas reflexiones que ya sabia hacerse á sí mismo por lo que habia estudiado y aprendido, no quiso detenerse mas en la ciudad de Santander, y emprendió su ruta hácia otro punto de mejores habitantes. Pero ¡oh miserable condicion de la humanidad! Huía Gil Blas del religioso fanatismo del obispo de Santander, y no estaba en sus alcances penetrar que huyendo del escollo de Scila iba á entrar en el de Carribdis. A muy pocas leguas de su viaje se halló sorprendido por una avanzada de tropa, que teniéndole por un espia de aquel obispo:—Dése Vd. á prision, le dijeron. Era efectivamente una partida del ejército francés que se hallaba en observacion de los movimientos de la provincia de Santander, y habiéndose posesionado del pobre Gil Blas, le enviaron con escolta á su coronel para que le examinase

escrupulosamente. Iba el infeliz metido entre bayonetas, contando con ser fusilado tan luego como llegase á la presencia del jefe de aquella tropa enemiga. Estaba este con la demás fuerza á una legua de distancia de su avanzada, y cuando le entregaron aquel prisionero con la nota de un espía del ilustrísimo don Rafael, comenzó á examinarle con toda escrupulosidad.—Gil Blas, que lejos de ser un espía de aquel prelado iba huyendo de su espada, temiendo que le obligase á tomar el fusil que él detestaba, y aborrecía, se lo hizo á sí presente al coronel, y habiéndose explicado muy largamente con él sobre los deberes del ministerio sacerdotal, dirigidos á conservar la paz que nos dejó ya consignado el Redentor, reconoció aquel jefe en Gil Blas una alma adornada de buenos sentimientos, y se prendó de sus bellas disposiciones.

Dos dias le conservó en su compañía para examinarle y probarle mas detenidamente, y habiéndose cerciorado de sus buenas prendas, le propuso admitirle en su servicio si le acomodaba, ofreciéndole buen trato y mejor sueldo. Gil Blas, que habia consentido ser pasado por las armas al presentarlo ante aquel coronel, cuando le oyó la propuesta de admitirlo en su servicio, se ofreció á él con las demostraciones de la mas pura gratitud. Quedaron pues

de acuerdo amo y criado en que al siguiente día le llevaria su asistente á Vitoria, en donde tenia él un sobrino de edad de 16 años, al cual tendria que cuidar y vigilar, á fin de que no se estraviase ínterin su tio regresaba á aquella ciudad. Entró Gil Blas en la compañía de aquel hermoso jóven, de una figura interesante y de un atractivo encantador, y cuando el asistente de su tio le informó de que este buen español estaba contratado para servirle y acompañarle, puso toda su atencion el sobrino del coronel en la persona de Gil Blas y en todas sus facciones. No reparó y observó menos Gil Blas el aspecto y fisonomía de su jóven amo, y le pareció que efectivamente se podrian bien avenir el uno con el otro. Era el sobrino del coronel de una hermosísima figura, y de un carácter dulce y afable. Manifestaba en todo su rostro la amabilidad y la sencillez. Eran negros y muy agraciados sus ojos y sus miradas de un singular atractivo. No asomaba aun el pelo en su barba, y vestia muy elegantemente. Luego que se vió á solas con su sirviente le llevó por toda la casa, le enseñó todas las piezas interiores de ella, y dijo á Gil Blas que, segun carta que le habia entregado el asistente de su tio, él nada tendria que hacer sino hacerle compañía, entretenerle y diver-

tírle, pues para todo lo demas tenian en la casa la necesaria asistencia.

Quince dias se llevó Santillana en la dulce compañía de este amable jóven, sin otra ocupacion, que la de comer y beber bien, conversar amigablemente entre los dos, y dar sus paseos por tardes y mañanas por dentro y fuera de la ciudad. Pasado este tiempo, se dejó entrar, sin preceder aviso, el señor coronel con la idea de hacer una visita á su querido sobrino, y habiéndose informado de este del comportamiento de Gil Blas, le dijo que se hallaba muy contento con él, pero que le miraba con algun respeto por haber notado en su conversacion ser algo austéro en sus sentimientos. Le añadió tambien, que Gil Blas habia estudiado en la universidad de Salamanca, y que le parecia que habia aprovechado el tiempo en sus estudios, porque en todas sus conversaciones descubria mucha erudicion.—Ese mismo juicio he formado yo de él, dijo el tio al sobrino, y por esta razon lo he contratado para que al lado suyo puedas aprender todo lo que él pueda enseñarte. He notado en tí que aunque sabes leer, no lo haces con aquel sentido que corresponde: porque el leer bien es mas dificil de lo que parece. Yo os daré algunas obras instructivas, y entre los dos las podreis repasar con utilidad. Yo me

marcho mañana al regimiento, del cual me vendré cuando pueda á visitarte, aunque sea tan rápidamente como ahora.

En efecto, al siguiente dia tuvo media hora de sesion con Gil Blas, y habiéndole dado algunas instrucciones respecto de su comportamiento con su nuevo amo, se despidió y se marchó á su regimiento con alguna precipitacion. Quedaron pues solos amo y criado para entregarse libremente á la lectura de algunos libros, que de su librería habia dado el coronel á Gil Blas. Era uno de estos el Quijote de Cervantes, cuya lectura es bastante dificil, si se le ha de dar el sentido que tenia en su imaginacion aquel inimitable autor, pero con cuya leyenda se aprendia á conocer el verdadero idioma castellano de aquel tiempo. Siguiéron algunos dias muy entretenidos con las gracias de Sancho Panza y locuras de su amo. Se cobraron con este motivo mayor familiaridad y confianza los dos amigos y compañeros, y usando de ella el sobrino del coronel, quiso dar á Gil Blas una fina prueba de su verdadera amistad. Le llevó con esta idea al cuarto de su señor tio, y abriendo una cómoda, tiró de una naveta de ella, y la sacó toda atestadita de onzas de oro. Retiró aquella, y sacó otra tambien llenita de medias onzas y otras varias moledas, todas ellas de buen

oro español. Admirado Gil Blas de tanta riqueza, se dejó decir á su jóven amo:—¿Y todo este tesoro deja á su disposicion su buen tio y señor? No solamente esto está á mi disposicion, le contestó, sino tambien lo que Vd. va á ver ahora mismo; y abriéndole un baul que estaba en la misma pieza se lo manifestó á Gil Blas todo atestadito tambien de cálices, patenas, copones, vinageras, y demas vasos sagrados todos de plata y oro.

Recurrió entonces Gil Blas á toda su prudencia para disimular la sorpresa que tan extraña vista le habia causado. Disimuló cuanto le fué posible su indignacion, y muy satisfecho su jóven amo de haberle dado una prueba de su amistad, contó desde entonces con la de Gil Blas con la mayor confianza en él para todo cuanto le pudiese ocurrir. Muy otras eran las ideas de su buen sirviente, el cual habiéndose retirado á su cuarto comenzó á exclamar consigo á solas de la manera siguiente ¡Oh incomprendible don Rafael Menendez de Luarca! Oh prelado original! Yo te pido perdon de haberme burlado de tí cuando con el crucifijo en una mano y la espada en la otra predicabas la guerra contra los enemigos de nuestra sagrada religion. El robo de estos cálices y demas vasos sagrados, ¿qué otra cosa significa sino la burla

y el escarnio que los señores jefes del ejército francés hacen de nuestro culto al verdadero Dios? Y si la religion que ellos profesan es la misma religion cristiana que la nuestra, ¿qué juicio debemos formar de estos señores que dicen vienen á regenerarnos? ¿Qué regeneracion debemos esperar de los que desprecian el divino culto que todos debemos tributar al Hacedor supremo de todo el universo? ¡Oh Dios mio, y á dónde he venido yo á parar! ¡Que será de mí en la compañía de este tio y sobrino, tan unidos los dos al parecer sobre robar á los españoles todo cuanto les sea posible? Si yo no profesase otra religion diferente de la suya, ¿qué dificultad podria hallar en robar tambien una gran parte de este tesoro, aprovechándome en una noche del sueño de mi jóven amo? ¿Pero habia de ser yo un ladrón por hallarme metido entre ladrones? No, en esta parte no seré yo menos que mi ascendiente Gil Blas, el cual aunque se halló con ellos en la cueva subterránea cerca de Astorga, no consiguieron de él hacerle su compañero en aquel oficio.

Por otra parte yo debo tomar un partido, y en verdad que no alcanzo cual me estará mejor. El coronel se ha portado conmigo muy honrosamente. El sobrino ha hecho de mí la mayor confianza en lo que acaba de descubrirme. Yo

seria un ingrato, si les ocasionase el menor daño ó perjuicio por lo que acabo de saber, y la ingratitud no se abrigará jamás en mi corazón. Continuaré pues como hasta hoy con este jóven que tanto me aprecia, y el tiempo me irá manifestando lo que debo hacer.

Siguieron pues por algunos dias estos dos casi amigos y compañeros con la lectura de Cervantes, dando sus paseos por tardes y mañanas. Era estremadamente amigo de la limpieza el sobrino del coronel, y tenia por costumbre labar todo su cuerpo, quedándose en cueros, entre ocho y nueve de la mañana. A esta misma hora precisamente ocurrió á Gil Blas hacer una pregunta á su jóven amo, y habiendo entrado en su cuarto y halládole en cueros, la admiracion y el espanto se apoderaron á un mismo tiempo de los dos. Ambos dieron un espantoso grito sin que se pueda saber cual de ellos habia quedado mas sorprendido. ¡Oh milagrosa transformacion de los humanos! El sobrino del coronel era una sobrina con las mas bellas facciones en todo su cuerpo. Ni sábana ni toalla tenia á la mano para cubrir sus tiernas y blancas carnes. Volver la espalda á Gil Blas era manifestarle las partes posteriores, que procuraba encubrir como las del frontispicio. Acudió pues á la posicion que le pareció menos escandalosa

que fué la de ponerse en cucullas; pero Gil Blas ya habia visto todo lo que habia que ver.—Sálgase Vd. de aquí cuanto antes, hombre incivilizado, exclamaba el sobrino y la sobrina del coronel. No necesitaba de esta advertencia el sorprendido Gil Blas, porque apenas vió lo que no esperaba ver, acudió apresuradamente á tomar la puerta, y tropezando en ella, la cerró de golpe, y se corrió un resorte que habia en la cerradura, cuyo secreto solamente conocia la que se hallaba en cucullas á la sazón. No tuvo pues otro arbitrio la sorprendida venus, que ponerse de pies, y presentar todo su hermoso talle á su aturdido sirviente. Al pasar por junto á él para abrirle la puerta, le dice, cierre Vd. esos ojos, hombre inconsiderado. Ya los tengo cerrados, le contestó Gil Blas, y nada veo de lo que he visto. En efecto se abrió la puerta, se salió el criado, y se quedó á solas el varon y la hembra representados en el sobrino del coronel. Las reflexiones consiguientes á este raro paso tanto en el amo y ama, como en el criado, serán materia del capítulo siguiente.

CAPITULO II.

Reflexiones de Gil Blas sobre la transformacion de su amo en una hermosa jóven.—Determinacion de ésta para que Gil Blas la restituyese á la casa de sus padres.—Entrada de los dos en la ciudad de San Sebastian.

Hemos ofrecido en el capítulo anterior ocuparnos de las reflexiones que debieron ocurrir así al amo como al criado, á consecuencia del tan raro como inesperado lance, porque efectivamente tanto al uno como al otro debió trabajar su imaginacion; pero daremos principio por las reflexiones de Gil Blas. Retirado este á su cuarto, y reconociendo que no era un amo á quien servia, sino á una dama de 16 años de hermosa figura, y de un carácter el mas amable, la cual ya antes de descubrir su sexo, le habia dado finas pruebas de su mayor aprecio y estimacion, comenzó á racionar para consigo de la manera siguiente: Mundo engañoso, mundo de trampas y picardias! ¿Qué es lo que me está pasando en el centro de tus enredos que yo procuro investigar, tratando de reconocerte y estudiarte? Yo me hallé prisionero al salir de

Santander, y siendo tratado por un espía de aquel originalísimo prelado, yo debí ser fusilado en el instante mismo que aquellos mis opresores me presentaron á su jefe. Sin embargo, este hombre que pudo privarme de mi existencia, se confía de mí y me hace depositario y confidente del objeto que mas aprecia. Este me corresponde dándome las mas finas pruebas de su cordial amistad. Pero el coronel es un enemigo de nuestra sagrada religion, y por no andar por rodeos, él es tambien un ladron, y nada menos que de los objetos destinados al culto del verdadero Dios.

Su sobrino no es un varon, sino una hermosa hembra española, seducida y engañada por un irreligioso é inmoral coronel. Yo no tengo á la sazón sino 22 años: ella no pasa de los diez y seis. El coronel debe haber cumplido ya los cuarenta. ¿Me seria difícil á mí requebrar tambien á esta inesperta jóven, apasionarla y reducirla á mi amor? Esto me seria muy fácil, porque ella ya me ha dado finas pruebas del mayor aprecio antes del casual descubrimiento de su sexo. Pero ahora que ya soy yo sabedor de todos sus mas recónditos secretos, ¿qué dificultad podrá oponer para sustituir en el lugar de un coronel francés de la edad de 40 años un jóven español de 22? Y en este caso, si los dos

nos apoderamos de las navetas de las onzas y medias onzas, de los cálices, copones y demas vasos sagrados, y nos burlamos del coronel pasándonos al dominio español? ¿no hacemos un gran servicio á la patria restituyéndola lo robado, y devolviendo á la casa paterna esta infeliz y engañada víctima? Pero Dios mio! Estos no son mas que sueños. Si al tiempo de declararla yo estas mis ideas da un parte secreto á su coronel, y éste me sorprende en una noche, ¿no es una verdad tambien que yo no debo existir un solo instante? ¡Oh desventurado Gil Blas! Qué es lo que debes hacer en este lance tan crítico como extraordinario que te presenta la suerte? El mundo que has recorrido, y que has procurado estudiar, ¿te presenta una senda segura para salir sin riesgo á puerto de salvacion? No; tú siempre quedarás espuesto á los accidentes de la fortuna que suele burlarse las mas veces de las mas bien combinadas especulaciones. ¿Con que te quedas en la incertidumbre de lo que debes hacer? Sí, amigo; y por mas que apures toda tu imaginacion, y toda tu sabiduría, no alcanzarás jamás la certidumbre de que, aunque obres bien, saldrás bien.

Estas eran las reflexiones que acometieron á Gil Blas al retirarse á su aposento despues de la rara entrevista con el sobrino ó sobrina del

coronel, pero nada mas sacó de todas ellas, que quedar irresoluto, incierto é indeciso sobre lo que debia hacer. Seguridad del buen éxito jamas la pudo hallar, y lo único que de fijo pudo sacar en limpio fue que en esta empresa solo debia atenerse á las consecuencias del riesgo, que podrian ser felices ó funestas, segun la suerte las preparase.

Vamos ahora á lo que pasaba en la imaginacion de la sorprendida venus. Viéndose la infeliz descubierta en su enmascarado sexo, y reconociendo que su sirviente era ya dueño, no solamente de este secreto, sino tambien del inmenso tesoro que ella misma le habia manifestado, decia para consigo: Yo he sido arrebatada cautelosamente de la casa de mis padres. Este hombre huésped en la casa de ellos, sorprendió mi inocencia. Mé requebró, me hizo regalos suntuosos, yo no conocia el mundo ni los hombres. ¿Qué hay de estraño que una jóven de 16 años se haya dejado seducir por un hombre perspicaz, que para sacarla de la casa de sus padres la haya ofrecido las mayores felicidades? Y en efecto, si el ser rica y dueña de los metales de plata y oro que el mundo tanto aprecia es una felicidad, yo no puedo quejarme á la vista de lo que poseo; pero ¿quién es este hombre, y por qué medios soy yo dueña de todas

estas riquezas? Yo por la prostitucion, y él por el latrocinio. ¿Y será posible que por estos medios tan criminales pueda yo ser feliz por todos los dias de mi vida? Mi razon y todo mi juicio me dicen que no. Luego ¿cuál podrá ser mi suerte dirigida por tan tortuosa senda? Ah! el corazon me dicta que mis dias van á ser llenos de amargura. Si este Gil Blas, en quien he reconocido nobles sentimientos, favoreciese mis designios, yo me franquearia con él: le pediria un consejo sobre lo que debo hacer ó lo que él haria en mi situacion. Fugarnos los dos con todas las riquezas del coronel seria un crimen? Esta cuestion no se halla al alcance de una jóven de 16 años. Gil Blas tiene mas edad, y mas mundo que yo. ¿Me franquearé con él? Y si abusa de mi confianza? Pero no; no es posible presumir esto de su noble comportamiento. Me resuelvo pues á abrirle mi corazon.

Llamó entonces á Gil Blas á su estancia y le habló de esta manera:—Avergonzadísima estoy, querido amigo, de hallarme en la compañía de Vd. con el traje de un hombre, siendo en la realidad una mujer. ¿Qué juicio habrá Vd. formado de mí? ¿Qué opinion ó concepto debe merecer una jóven de mi edad, entregada á un militar extranjero con las cualidades que se des-

cubren por las alhajas que os he manifestado? Ay, amigo! Yo he sido seducida y engañada, y soy digna de compasion. Cuando este mal hombre me sacó de la casa de mis padres, me ofreció casarse conmigo, y en estos últimos dias acabo de descubrir que este infame se halla casado en Francia por las cartas de su mujer que he visto entre sus papeles. Digame Vd. ahora si no soy digna de lástima y compasion. Yo soy hija de unos acomodados comerciantes de San Sebastian. Mis padres no tienen mas hijos que esta desventurada que les ha causado con su fuga el mayor de los sentimientos que pueden experimentar sobre la tierra. ¡Ay, amigo mio! ¡Si fuera posible que ellos me perdonáran! Si me fuera dable poder restituirme á su compañía! Lo que es emprenderlo por mi sola lo miro como un sueño; pero si Vd., amigo mio, tuviese la generosidad de ayudarme en esta empresa, entonces lo veo mejor combinándolo bien entre los dos. Yo he dado á Vd. pruebas de una cordial amistad confiándole secretos que á ningún otro debia descubrir. En la manifestacion que ahora le hago, le doy tambien la última prueba de la confianza que Vd. me merece. Compadézcase Vd. de mí, querido amigo, pues que como tal le he tratado desde que ha entrado en mi compañía.

Sorprendido Gil Blas con esta repentina transformacion de su jóven ama, no titubeó un momento en ofrecer todo su auxilio para restituirla á la casa paterna. La dió la mas segura palabra de acompañarla en el viaje hasta tener la dulce satisfaccion de entregarla á sus afligidos padres. Entonces la jóven le dijo:—Pues en este caso, amigo mio, es preciso obedecerme en lo que voy á ordenar: primeramente debe Vd. dirigirse á la policia francesa para sacar un pasaporte para los dos como hermanos de un mismo apellido. Al efecto tenga Vd. este bolsillo, y no repare en ofrecer á esos esbirros cuanto le pidan, pues entonces es seguro el pasaporte. En seguida ajuste Vd. un carruaje para los dos solamente, y en esta misma noche sacaré de mi baul las ropas que me vestia en la casa de mis padres, que son las que me corresponden, y las que nunca debiera cambiar. Obre Vd. en todo con el mayor sigilo, porque si lo perciben los sirvientes de cocina que son paisanos del coronel, somos perdidos. Vea Vd. si lo puede preparar todo para salirnos los dos á las cuatro de la mañana, y busque Vd. ademas dos mozos para conducir dos baulles al punto donde se halle el carruaje que no debe venir á buscarnos aquí.

Comprendió Gil Blas todo el plan de su jó-

ven ama, y le desempeñó tan cumplidamente, que al siguiente dia se pusieron los dos en marcha para la ciudad de San Sebastian.

Oh mal aventurado coronel! ¿Y cuál otro podia ser el fruto de tus rapiñas? ¿Qué otro premio debias esperar de tus corrompidas costumbres y relajada conducta? Pues qué! Cuando hallándote casado en Francia, ofreciste casarte ademas con una inocente jóven á quien por este medio conseguiste seducir y sacar de la casa de sus padres, ¿habia de quedar sin castigo tan inaudita traicion? ¿Qué dirás cuando al volver á hacer otra visita á tu sobrino te halles sin él, sin tus cálices, y sin todo tu tesoro? Ah! nada era mio, debieras decir; pero en toda tu rabia y desesperacion jurarás la mas atroz venganza. Asi la juró en efecto cuando al volver á Vitoria, se vió tan perfectamente robado y engañado. Dos víctimas pensaba sacrificar: una en el sobrino y otra en su sirviente Gil Blas; pero no contaba el miserable que á los quince dias debia ser él muerto de un balazo como efectivamente lo fue en un encuentro con las tropas del ejército español.

Caminaron pues á la ciudad de San Sebastian los dos fugados, y sin hallar el menor estorbo en el camino, se apearon en un meson de dicha ciudad por disposicion de la infeliz

seducida. No se atrevió ésta á presentarse en la casa de sus padres sin esplotar primero por medio de Gil Blas cómo la recibirían. Dió pues á éste la comision de ir á darles noticia de su seducida y engañada hija, pero sin decirles que se hallaba en el mismo pueblo. No fue menester decirle mas para representar perfectamente su papel. Entró Gil Blas en la casa de aquellos comerciantes preguntando por el nombre y apellido de su misma ama á sus propios padres. ¡Oh desventurados de nosotros, le contestaron! Y por quién nos pregunta Vd.? ¿Nos traerá por ventura alguna noticia de esta desgraciada hija nuestra, seducida engañada y robada por un coronel francés?—No, señores, respondió Gil Blas, antes bien vengo á saber si se halla en la casa de sus padres, porque se huyó de la compañía de aquel jefe de un regimiento, y le robó todo cuanto él habia robado desde que entró en España. Dicen que se llevó consigo un baul atestado de onzas y medias onzas, de cálices, copones y demas vasos sagrados de plata y oro. A este tiempo se dejó decir la mujer del comerciante: *El que roba á un ladron gana cien dias de perdon* ¿pero no sabrá Vd. decirnos dónde se halla esta desventurada hija de nuestras entrañas? En Vitoria, de donde ella huyó; se decia, que se habia dirigido á la casa pater-

na, pero algunos afirmaban haberla oido, que no se atrevia á ponerse en su presencia despues de haberles dado el mayor sentimiento que les podia dar. Las lágrimas asomaron entonces por los ojos de su afligido padre, y sin poder detener las suyas su desconsolada esposa, exclamó:—Oh hija querida de nuestro corazon! Oh idolatrada hija nuestra! ¿Y á dónde te hallarás á estas horas sola y desamparada por este mundo engañosador? Vuelve, vuelve á nuestros brazos, consuelo de tus padres. No los temas, hija querida nuestra, porque no tienen otro apoyo que el tuyo en el último tercio de sus dias. Ven, y con los brazos abiertos serás recibida por los que te dieron el sér. En estas y otras iguales espresiones prorumpieron los dos esposos derramando copiosas lágrimas, á cuyo tiempo Gil Blas, viéndoles en tan lastimoso estado les dice.—Albricias, señores míos, albricias. Esa hija engañada y seducida no está muy lejos de sus queridos padres, pero tiembla presentarse delante de ellos.—A dónde, á dónde está ese único consuelo nuestro?—En una casa de este pueblo la he dejado, respondió Gil Blas, toda trémula y afligida, esperando la resolucion de los que la dieron el sér.—Oh cielos! exclamaron los dos esposos: vamos, vamos ahora mismo á estrecharla en nuestros brazos.

Caminaron en efecto hácia el meson al cual los dirigió Gil Blas. Apenas oyó la voz de sus padres la infeliz hija, cuando se puso de rodillas para recibirles, diciéndoles con las lágrimas en los ojos: perdon, queridos padres, perdon: Yo he sido engañada y robada todo á un tiempo. El hombre infame que me sacó en una noche de nuestra casa, me daba el nombre de su querida esposa, ofreciendo casarse conmigo en el primer pueblo. Este vil engañador se halla casado en Francia con hijos y mujer. En una ausencia suya registré todos sus papeles, y por las cartas que leí de su familia nada menos que tres hijas y dos hijos tiene en su pueblo, estando ya la mayor en la edad de diez y seis años. Este hombre criminal me alojó consigo en una casa de Vitoría, pero con sirvientes de su misma vecindad en Francia. Hizo varias escursiones con su regimiento hácia Burgos y otros puntos, y de ellas venia siempre cargado de dinero y de varios vasos sagrados, todo de plata y oro. He sabido por el mismo que permitia á una compañía de su regimiento el pillaje y el saqueo á condicion de entregarle á él la mayor parte del botin. Casi todo el fruto de sus rapiñas traigo en un baul para que Vds. destinen este tesoro, robado á los españoles, á quien corresponda.

—Oh hija desventurada! Y qué es lo que has hecho! Ese hombre vil vendrá á buscarte á nuestra casa, la pegará fuego, y nos quemará vivos en ella.—No, padres queridos, no. Ese hombre con todo su regimiento está destinado á una gran batalla con las tropas españolas, y el Dios de los ejércitos le dejará sepultado en ella para castigo de sus crímenes.—Puede ser, hija querida, que así suceda, pero entre tanto salgamos todos de esta casa, vámonos á la nuestra, y que el Rey de los cielos y la tierra dé á cada uno su merecido

CAPÍTULO III.

Graciosa sesion de los padres de la jóven con el tesoro del coronel.—Salida de Gil Blas de San Sebastian para Marsella.—Ocupacion de Gil Blas en esta ciudad durante la guerra de la independencía en España.

Se salieron en efecto de aquel meson los dos esposos, llevándose consigo á su idolatrada hija. Encargó ésta á Gil Blas la conduccion de todo su equipage á la casa de sus padres; pero no aceptó Santillana este encargo sino con la condicion de esperarle allí mientras buscaba dos hombres que llevasen los dos baules. Así se verificó entrándose todos á un tiempo en la casa de los comerciantes con el tesoro del coronel. A muy pocos dias supieron que los cocineros de éste se habian fugado tambien de la casa, llevándose lo que habia quedado en ella, pues no dudaban que su amo los asesinaria al verse sin su tesoro y sin su sobrino. No se pasaron veinte dias sin verse todos tranquilos y seguros, habiéndose sabido por los papeles públicos que en una accion con las tropas españolas,

habia muerto aquel coronel, perdiendo dos compañías de su regimiento.

Colocados todos en la casa de los comerciantes entregó la hija á sus padres las llaves de los dos baules para que viesen y dispusiesen de aquel inmenso caudal, y los dejó solos á los dos. Abrieron estos aquel, en el cual se hallaban los cálices, copones y demas vasos sagrados, y al ver en ellos tanta plata y oro, dijo la esposa al esposo:—Pero marido, cuando vayamos á vender estos cálices creerán que nosotros los hemos robado de las iglesias, y nos perseguirá la justicia. Si pudieses hacerte con una fragua para reducirlos á barras, entonces no corríamos el menor riesgo.—Luego intentas tú como el coronel francés apropiarte las alhajas del templo del Señor? dijo el marido á su mujer.—Y á quién piensas tú restituirlo, replicó ella, si no sabemos de quién ha sido?—Lo que está destinado al culto del verdadero Dios, á Dios pertenece.—Pues bien, veamos lo que hay en este otro baul, dijo ella. Le abrieron en efecto, y se hallaron entre otras cosas, con dos cajoncitos regulares llenitos de onzas, medias onzas, y doblones de cuatro duros, todo de escelente oro español.—Oh marido! dijo entonces la mujer, esto sí que no es de las iglesias, ni está destinado al culto.

Esto sí que es nuestro sin riesgo y sin peligro alguno: Jesús y cuánto oro! Desde mañana voy á mandar cerrar la tienda. ¿Para qué necesitamos ahora el comercio? A mí ya me recordia la conciencia de vender tan caros algunos géneros. Bien sabes tú que no nos hemos contentado con un ciento por ciento de ganancia, y que somos murmurados en el pueblo.

A este tiempo se hallaba Gil Blas dando su cuenta á su nueva ama de los gastos del viaje, pasaporte y demas, y al entregarle el resto con el bolsillo que le habia dado en Vitoria, le dijo.—Ese bolsillo con todo lo que contiene te lo regalo yo, y no creas que con esto solo pienso pagarte el gran servicio que me has hecho.—Señorita, replicó Gil Blas, que aun hay en él mas de doscientos escudos de oro.—No importa, Gil Blas; aunque hubiese dos mil, lo mismo te lo regalaria, porque el haberme restituido á la casa de mis padres no se paga con ningun dinero. Pienso por lo mismo tenerte siempre en nuestra compañía si nos quieres hacer este favor. A esto le contestó Gil Blas dando á su ama las mas espresivas gracias, pero añadiéndola, que en manera alguna podia quedarse en San Sebastian, porque se habia propuesto recorrer la mayor parte de España á fin de conocer el mundo y los hombres.

Entraron á este tiempo en la estancia donde estaban Gil Blas y su ama, los padres de ésta con un semblante risueño y placentero. Su hija es manifestó entonces, que habiendo propuesto á su criado tenerlo siempre en su compañía, no le acomodaba permanecer en San Sebastian, por cuanto habia resuelto correr la mayor parte de España. El comerciante le hizo presente á Gil Blas, que en tal caso se esponia mucho en volver por donde habia venido, porque no faltarian oficiales amigos ó parientes del coronel que lo mandarian fusilar. Añadió, que si no le acomodaba vivir con ellos, en lo que tendrian todos el mayor gusto; él le proporcionaria por la parte de Francia un viaje seguro hasta Marsella, en donde podria embarcarse para España. Apreció infinito Gil Blas esta oferta, de la cual pensaba aprovecharse, como así lo hizo, despues de haber permanecido algunos dias en aquella buena compañía.

Llegó por fin el tiempo de la separacion, y ayudándole su ama á preparar el equipaje le puso, sin saberlo él, otro bolsillo de dinero en el fondo del baul. Hizo ademas que su padre le diese cartas de recomendacion, y letras de cambio sobre Bayona, y demas puntos por donde tenia que pasar hasta Marsella. Salió Gil Blas de aquella casa con gran sentimiento

de los dueños de ella, pero con especialidad de su buena ama, que con las lágrimas en los ojos se despidió de él, encargándole que no se olvidase de ella en donde quiera que se hallase. Empezó pues su ruta por la via de Francia, sin detenerse en ningun punto de su tránsito hasta Marsella, porque era su ánimo restituirse á su patria lo mas antes posible.

Llegó por fin á aquella antigua ciudad marítima de Francia, y habiéndose propuesto reconocerla, notó que estaba dividida en antigua y nueva. Esta la reconoció por de muy bella disposicion, pero aquella de muy mal gusto. Averiguó tambien que Luis XIV en 1660 hizo construir allí un fuerte, y una ciudadela para sujetar á sus habitantes, que pensaban hacerse libres, y sacudir el yugo de su obediencia. No le causó esto admiracion, porque sabia que en su patria se habia hecho lo mismo en Barcelona para sujetar á los catalanes, máxima adoptada por los conquistadores que procuran asegurarse de su conquista. Recorrió toda la ciudad, y admiró en ella algunos edificios de mucho mérito.

Pasados algunos dias determinó presentarse á la casa de comercio para la cual llevaba su carta de recomendacion. Fue recibido en ella con las demostraciones del mayor apre-

cio, ofreciéndole dinero, y todo lo demas que necesitase. Le instaron ademas para residir en su compañía todo el tiempo que hubiese de permanecer en Marsella, pero Gil Blas les dió las gracias, manifestándoles, que era su ánimo trasladarse á España en la primera proporcion que se le presentase. Entonces aquel comerciante le hizo ver que no consideraba oportuno ni prudente trasladarse á su patria en aquellas circunstancias, por cuanto toda la España se hallaba sumergida en la mas horrorosa guerra, en la cual ningun habitante se podia contar con la vida segura. Que los ejércitos franceses penetraban por todas partes, á pesar de la obstinada resistencia de los españoles, y que era tal el furor y encarnizamiento de los unos contra los otros, que por todas las provincias usaban el asesinato, el pillaje, el incendio, el degüello y la muerte. Que donde quiera que se presentase en España, si averiguaban que iba de Francia, era bastante para tenerle por afrancesado, y ya no estaba segura su vida. Que por consejo suyo debia esperar en Marsella el resultado de la conquista, y la pacificacion del reino, y no esponerse antes á un inminente riesgo. Que mientras se decidia la suerte de España, él le ofrecia ocupacion en su casa con mesa y sueldo, quedando

do despues en libertad de salirse ó quedarse.

Sábios y prudentes parecieron á Gil Blás los consejos de aquel comerciante , y se despidió de él dándole las mas debidas gracias , particularmente por la oferta que le hacia de ocuparlo en su casa con mesa y sueldo, sobre lo cual tratarian al siguiente dia. Se encaminó pues hácia su posada, y encerrado en su habitacion comenzó á hablar consigo á solas de la manera siguiente: ¡Oh mundo desconocido por casi todos tus habitantes! ¿Quién me habia de decir á mí, que cuando caí prisionero á mi salida de Santander, no habia de ser fusilado, siendo tenido por un espía del ilustrísimo don Rafael? ¿Cómo podia yo imaginarme que una mujer vestida de hombre habia de ser el origen de cambiar mi suerte de una manera tan prodigiosa! ¡Oh singularísimo coronel! ¡Oh originalísimo tío de tu sobrino! Yo no puedo menos de verte reconocido, porque tú, aunque fueses por otra parte un criminal, no has sido para mí sino un hombre benéfico. Tú me has confiado la guardia de un objeto de tu mayor consideracion y aprecio, pero yo no he abusado de tu confianza. La fuga de tu sobrino ó de tu sobrina no ha sido obra de mi ingenio. Ella ha determinado restituirse á la casa de sus padres como era natural. Tú la habias sacado de allí siendo un

criminal, y los crímenes no siempre quedan impunes en esta vida de miserias.

El robo de tus cálices y demas vasos sagrados, el de tu gran tesoro en monedas preciosas de buen oro español, tampoco era tuyo. Tu sueldo de coronel podria alcanzar á lo mas á sostenerte con decencia en tu clase. Luego lo habias usurpado al pobre pueblo español sobre el cual viviais tú y todos tus compañeros en el ejército francés. ¿Qué cosa mas justa que devolverlo á la misma patria, á la cual pertenece? ¿Qué razon ó motivo hallarás, pues, para fusilarme si me vuelves á coger bajo de tu dominio? Ninguno á la verdad; pero si me vieses alguna vez tú, ó alguno de tus amigos, mi vida no seria sino la de muy pocos instantes. Reconozco, pues, que mientras os halleis en España yo estoy mas seguro en Francia; y quando volvais á Francia estaré seguro en España.

A consecuencia de estas reflexiones determinó volver á la casa del comerciante por ver el partido que éste le ofrecia. Se presentó en efecto á él, y le dice:—He meditado, amigo mio, sobre los prudentes consejos de Vd., y convencido de que mi vida en mi patria durante la presente guerra no puede ser apetecible, estoy resuelto á quedarme en su casa de Vd., si en ella puedo asegurar mi subsistencia á costa de

mi trabajo. Entonces el comerciante le dijo: que justamente en aquellos dias habia despedido un dependiente, á quien diariamente pagaba cinco francos ademas de la manutencion, y que si gustaba ocupar su puesto, desde entonces le ofrecia el mismo partido. Que su ocupacion estaba reducida á vigilarle varios operarios que tenia empleados en algunas fábricas y manufacturas de su propiedad en Marsella. Qué lejos de vigilarlos el dependiente despedido se habia confabulado con algunos de ellos para pagarles su jornal sin presentarse en los talleres en varios dias, y que esta infame traicion no la debia esperar de ningun honrado español, y mucho menos de aquel que tan finamente le recomendaba su amigo de san Sebastian. En vista de lo cual, si se resolvia á aceptar este partido, desde entonces mismo se podia quedar en su casa.

Reconociendo Gil Blas las ventajas que la presente ocasion le ofrecia, no dudó un momento en aceptar este partido, y acordaron los dos que fuese á su alojamiento para trasladar su equipaje á la casa de aquel comerciante, como así lo verificó. No se hallaba por entonces Santillana en la necesidad de servir, habiendo reconocido ya en su baul el bolsillo que en el le habia introducido secretamente su jóven ama; dentro del cual halló tambien un billete

que contenia estas palabras, »Gil Blas, el primer bolsillo que te regalé ha sido por el gran servicio que me hiciste de restituirme á la casa de mis padres: este que ahora te doy mas que doble del primero, es con la condicion de que me escribas, y me comuniques tu buena ó mala suerte.» Reunia pues Santillana con los dos bolsillos una cantidad regular para poder vivir algun tiempo por sí solo; mas reconociendo que este dinero se le acabaria, sino procuraba economizarlo, entró muy gustoso en el servicio de aquel comerciante, que tan buen partido le ofrecia.

Colocado ya en aquella casa fue su primera diligencia enterarse de su obligacion para desempeñarla honradamente, y con exactitud. Su amo le condujo á los talleres, y en muy pocos dias se hizo cargo de todo, y cumplió con su deber como descendiente de los antiguos hijosdalgo de Castilla. Permaneció pues en aquella ocupacion todo el tiempo que duró la guerra de la independenciam en España. Allí supo por los papeles públicos las tremendas batallas que se dieron por una y otra parte, admirándose de dia en dia del indomable carácter español, que no se dejó aterrarr por los ejércitos y mariscales franceses, que habian ya conquistado casi toda la Europa.

CAPÍTULO IV.

Venida de Napoleon á España.—Restituye á su hermano el palacio de Madrid.—Arroja los ingleses al agua.—Le declara la guerra el emperador Alejandro.—Campaña de Rusia.—Fin y muerte del ejército francés.—Batalla de Waterloo.—Prision de Bonaparte.

Hasta el año de 1814 permaneció Gil Blas en la ciudad de Marcella y en la casa de aquel comerciante. Terminadas las horas de su obligacion se ocupaban en leer los papeles públicos. Cuando supo por ellos la batalla de Bailen, cuyas consecuencias fueron arrojar de la capital de España al rey José, hermano del emperador Napoleon, exclamó:—¿Es posible, Dios mio, que regimientos formados de paisanos como los que yo he visto en Asturias (por que yo no puedo dudar que de otros iguales se han formado todos los de España) se hayan burlado tan completamente de los conquistadores de casi todas las naciones europeas? Pues si esto es posible, como lo ha sido, aprended reyes, emperadores y príncipes, que todo lo quereis

sujetar á vuestra ambicion y vuestro orgullo. Si el mismo emperador Napoleon habia dicho que el pueblo que queria ser libre, no tenia mas que quererlo, ¿cómo ha pretendido sujetar al pueblo español tan amante de su libertad? ¿cómo es que se ha obstinado en esta injusta conquista, viendo en todas las provincias de España hombres y mujeres, viejos y niños enfurecidos contra esta tiranía? ¿Qué pueblo del mundo consiente ver arrebatado á su rey y á toda la real familia con la mas páfida traicion? Pues que! El que se halla con un ejército superior á todos los demas ¿tiene por ventura derecho para usurpar el trono de todos los reyes del mundo? Tal era la ambicion del emperador de los franceses.

Dueño ya de casi todas las naciones europeas, solo le faltaba serlo de la Península Ibérica. La España le era ciertamente una nacion aliada y fiel. Le habia contribuido hasta con ejércitos para sus conquistas. Sin embargo, no fue esto lo bastante para contener al conquistador en la usurpacion del trono español. Habiéndose apoderado por una perfidia de los reyes padres y de Fernando VII, verdadero rey por renuncia de carlos IV, y por aclamacion universal, los condujo todos á Bayona. Allí obligó al hijo á renunciar la corona en su padre,

á éste en el mismo emperador; y en seguida trasladó en su hermano José el cetro de la española monarquía. ¿Y son los que representan esta farsa tenidos por hombres grandes? ¿Y son los que cometen estas perfidias los que el mundo llama héroes? Pues si los héroes y los hombres grandes de este mundo son de este jaez, el mundo y todos sus habitantes valen ciertamente bien poco.

Desesperado el emperador de los franceses y rey de Italia de ver á su hermano José arrojado de la capital de España por unos séres, que en su desmedido orgullo consideraba como pigmeos, no pudo resistir este ultraje hecho á un conquistador casi universal. Jura la venganza, y en efecto la consiguió. Reune regimientos sobre regimientos, y formando ejércitos de derecha, izquierda, centro y reserva, resuelve venir él en persona á restablecer á su hermano en la corona usurpada en Bayona á los legítimos reyes de España. Su hermano le aguardaba en Búrgos, y habiendo llegado el emperador con unas fuerzas tan considerables, consiguió efectivamente arrollar todos los ejércitos españoles, y entrando en Madrid, vindicó el ultraje hecho á las águilas francesas.

No era esto aun lo bastante para el que se consideraba el omnipotente del siglo. Los ingle-

ses habian hecho causa comun con los españoles en esta guerra escandalosa. Tenian por consiguiente á sus ejércitos británicos en la Península como auxiliares. Era pues indispensable al orgullo del emperador arrojarlos del suelo español, y consiguió efectivamente echarlos al agua dentro de algunos dias. Este triunfo y esta tan completa victoria, no podian menos de llenar la medida del mas ambicioso guerrero; pero ¡oh miserable condicion de los humanos! Precisamente desde estos felices instantes principió la decadencia de este poder colosal, de este hombre tan singular y extraordinario, de este azote de la humanidad, del emperador y rey Napoleon Bonaparte.

Alejandro, tambien emperador de Rusia, era otro poder que no podia menos de respetar el mismo Napoleon. Consta de sus mismos escritos haber dicho que la suerte de la Europa estaba dividida entre los dos. Era pues indispensable ponerse de acuerdo con él para traer sus ejércitos á la conquista de la península ibérica. En efecto, se vieron, comieron juntos, y se dieron la mano de amigos antes de emprender esta escandalosa usurpacion. Pero ¡oh decretos impenetrables de la Providencia! Cuando este hombre, hasta entonces invencible, se consideraba ya dueño de la España y el Portugal,

precisamente entonces le declara la guerra su amigo el emperador Alejandro. Se hallaba pues en la necesidad de sacar una gran parte de sus ejércitos en España y trasladarlos á 700 leguas de distancia, es decir, del uno al otro extremo de la Europa. Era este un caso en que no se habia visto en todas sus conquistas. Era este un suceso para intimidar al mas valiente conquistador. No obstante, este hombre incomparable, lejos de acobardarse y aturdirse, resuelve en su cabeza nada menos que arrojar de la Europa á su competidor.

Un ejército de 500,000 hombres de infantería con 80,000 caballos y el correspondiente tren de artillería, fue el que reunió en muy poco tiempo, y el que consideró suficiente para conseguir su intento. Era el mayor de los ejércitos que desde la guerra de Alejandro y Darío se habia visto hasta entonces. Emrende con él, siempre al frente de sus tropas, contra todos los ejércitos del emperador de la Rusia. A todos los arrolla, los envuelve, los ahuyenta, y nada se resiste á su inconcebible valor. Llega á Moscow antigua capital de aquel imperio. Pero ¡oh Providencia! Allí, donde precisamente tenia que fijar sus cuarteles de invierno, para emprender en mejor estacion el término de tan grande empresa, allí halló la imposibilidad de

realizarlo. Los rusos hicieron un infierno de su capital y la redujeron á cenizas. ¿Cómo pasar allí Napoleon el invierno y dar la debida subsistencia á 600,000 hombres? Los rusos habian huido y habian hecho un desierto de todo aquel contorno. Los hielos y las nieves iban á caer, y efectivamente se anticipó la mas rígida estacion en aquel clima. Permanecer en él era morir de hambre. Retroceder era sufrir toda la furia de los elementos. En el uno y en el otro caso era una muerte inevitable.

En efecto, se puso por obra el último de los extremos, y se adoptó la resolucion de volver por el mismo camino que los habia conducido hasta allí. ¡Oh decretos impenetrables del Criador! Este incomparable ejército, superior al poder humano, era ya de necesidad que otro mayor poder le aniquilase, antes que acabase de despoblar una gran parte de la Europa como ya lo iba realizando. Los hielos, los frios y las nieves de aquel irresistible clima á los que no se han criado en él, fueron la guadaña, la segur, la cuchilla que aniquiló casi todo aquel incomparable ejército. No era bastante el poder de la tierra, y era ya preciso que otro poder superior aniquilase los verdugos de la humanidad. En efecto, en aquella retirada perecieron los soldados, los capitanes, coroneles,

mariscales, generales y demas jefes de un ejército que hacia temblar á la desolada Europa. Los frios, los hielos, las lluvias y las nieves sepultaron en los caminos á los que pensaron dar la ley al emperador de las Rusias. Las tropas de este emperador, aprovechándose de la ocasion que les presentaba su clima natural en ellos, perjudicial en sus enemigos, picaron su retaguardia y los acribillaron en aquellas encrucijadas. Así acabó este poder tan inmenso, no visto hasta entonces, ni en la conquista de Italia, ni en las demas grandes batallas dadas y ganadas por Bonaparte en casi toda la Europa.

A pesar de todo lo dicho, este hombre extraordinario y singular consiguió salvarse con algunos de los suyos, y aunque, aprovechándose de su derrota, se conjuraron contra él alemanes, prusianos y rusos, consiguió no obstante reunir en muy poco tiempo otro ejército de 300,000 hombres, y se propuso batirlos á todos sin el menor obstáculo. Tal era su valor y tal su pericia militar, que tal vez lo hubiera conseguido á no cansarse ya la divina Providencia de sufrir tanto esterminio de la humana especie. En efecto, decidió la suerte, la adversa suerte, hasta entonces siempre propicia, que en la batalla de Waterloo acabase

su carrera este azote de la humanidad. Allí dió fin á sus glorias este héroe conquistador, este hombre singular y extraordinario. Viéndose ya como perdido, y civilmente muerto, puesto que los ejércitos vencedores le perseguirían hasta arrojarle del suelo francés, y colocar en aquel solio al legítimo descendiente de Luis XVI, resolvió acogerse á la hospitalidad de la Constitucion inglesa. Cuando la Providencia decreta castigar al criminal, le venda los ojos del entendimiento, para que él mismo camine á ciegas al abismo de su perdicion. Esto mismo es lo que le aconteció al grande hombre del siglo, al que admiraba y casi reverenciaba la mayor parte de la Europa.

Es una verdad que la Constitucion inglesa daba proteccion á todo al que á ella se acogiese, y por esta razon debia contarse seguro en Inglaterra bajo la égida de este código el emperador de los franceses; pero el caso era extraordinario. Napoleon Bonaparte era un enemigo declarado de la Inglaterra, en tal forma, que habia resuelto acabar con el formidable poder marítimo de esta gran potencia que se habia abrogado el esclusivo dominio de los mares. Abrigado de la hospitalidad inglesa, podia muy bien resucitar su anterior poder por hallarse tan inmediato á la Francia. Era pues indis-

pensable infringir la Constitucion para negarle la hospitalidad que esta ley concedia. Así lo verificó aquel astuto gabinete, y resolvió conducirle prisionero á la remota isla de Santa Elena, en donde dió fin á sus dias este hombre extraordinario y singular.

Viendo Gil Blas el término de la guerra de España decidido en la batalla de Waterloo, resolvió trasladarse á su patria cuando volviese á ella su verdadero rey el señor don Fernando VII. No tardó mucho en saber por los papeles públicos, que efectivamente el legítimo rey de la monarquía española Fernando VII, serestituia á ocupar el trono de sus mayores. Desde entonces formó Gil Blas el propósito de no permanecer mas en Marsella, y aprovecharse de la primera ocasion que se presentase para embarcarse para España. Así se lo comunicó á su buen amo, que le amaba cordialmente por haber conocido en él muy nobles sentimientos, y la mayor pureza en el desempeño de las obligaciones de su destino. Toda la familia de aquella casa sentia muy amargamente la separacion de Gil Blas, pero con particularidad una hija de aquel comerciante de edad de 18 años llamada Eugenia. Habia mirado siempre al joven español con una predileccion extraordinaria entre todos los jóvenes sus paisanos que se paseaban por Mar-

sella. Gil Blas no dejaba de conocerlo, y no la correspondia con esquivéz siempre que tenian la ocasion de hablarse á solas; pero jamás la dió motivo para que Eugenia consintiese en un enlace matrimonial. Miraba este paso como una traicion al amo á quien servia, y á la casa que le habia acogido tan ventajosamente para él.

Hallándose pues una noche en su cuarto preparando su equipaje para disponer su viaje entraron en él la Eugenia y su madre. Esta que observó los preparativos nada dudosos de la marcha de Gil Blas, tomó la palabra y se esplicó así.—¿Con que de veras, Gil Blas, te marchas y nos dejas?—Señora, le contestó este, cuando he tenido el honor de entrar en esta casa ha sido por consejo del amo de la misma. Este me hizo presente que mi viaje á España durante la guerra de la independencía, era expuesto y arriesgado. Hoy se ha concluido esta guerra, nuestro legítimo rey se restituye á su trono, y yo voy á seguir con él la suerte de mi patria.—Pues amigo, le dijo la señora de la casa, que se llamaba Antonieta, no te precipites en tu resolucion, porque tenemos mucho de que tratar antes, y pasó entre los tres el siguiente diálogo.

DIÁLOGO

ENTRE GIL BLAS, ANTONIETA Y EUGENIA.

ANTONIETA... No estrañaria yo, Gil Blas, que tú te separarás de nosotros tal vez para siempre, no siendo sabedor de lo que hemos acordado mi marido y yo, de acuerdo tambien con esta mi querida hija que está presente. Te hemos observado cuidadosamente todo el tiempo que te hallas en nuestra* compañía, y nos hemos convencido de que entre cuantos jóvenes hay en Marsella, ninguno como tú es capaz de hacer nuestra felicidad. Hemos resuelto por lo mismo adoptarte por hijo nuestro, casándote con nuestra querida y única hija Eugenia, y hacerte dueño á nuestra muerte de todo nuestro capital en fábricas, manufacturas y demas giro nuestro que ya habrás conocido en Marsella. Desiste, pues, de emprender tu viaje á España, y resuelve quedarte con nosotros, en el concepto de casarte con Eugenia, con quien serás feliz y dichoso, acaso mas que con ninguna de tus paisanas y compatriotas.

GIL BLAS... Señora, yo nunca me he creído acreedor al honor que Vds. tienen la bondad de dispensarme, y aunque conozco el singularísi-

mo mérito de la Eugenia, que está presente, puede decir si yo me he adelantado jamás con ella á una pretension tan alta, y que nunca creí haber merecido. Por otra parte, yo jóven, extranjero, desconocido para Vds., creeria siempre hacer una traicion á los amos á quien servia, si me adelantase á una pretension de esta naturaleza. No es esto decir que yo no aprecie á Eugenia, cuanto apreciarla debo, y que no reconozca en ella todo su mérito, pero siempre la he mirado como una hija de los amos á quien servia. Si en las ocasiones que hemos tenido para hablarnos á solas, me he conducido de esta manera, ella está presente y puede hablar.

EUGENIA... Gil Blas, yo no puedo contradecirte en nada de cuanto has dicho, pero yo me he prendado de tu amabilidad, de tus nobles sentimientos, de tu irrepreensible conducta, y yo te prefiero á todos los jóvenes de Marsella que procuran requebrarme y obsequiarme, y puesto que mis queridos padres aprueban mi eleccion, espero que no les desairarás, y que no te marcharás dejándonos á todos desconsolados con tu ausencia.

ANTONIETA... ¿Qué dices á esto, Gil Blas? ¿Será posible que despues de tanto tiempo como hace que estás en nuestra compañía, te resuel-

vas á abandonarnos tal vez para siempre? ¿Será posible, que viendo á la Eugenia enamorada de tus buenas prendas, así la desaires acaso para casarte con una española, que no te haga feliz, como lo serias con todos nosotros? ¿Será posible que así deseches una fortuna como la que te ofrecemos con nuestra querida hija, con un capital que no bajará de cuatrocientos mil francos? Pues mira que mi querido esposo me ha dicho en una de estas noches, que estimaria mas dejarlo en tu poder, que en ninguno de los demas jóvenes que conocia en Marsella.

GIL BLAS... Señora, Vd. apura todo mi pundonor y toda mi delicadeza. Lo que Vd. acaba de decirme del amo á quien sirvo, me confunde y trastorna todo mi entendimiento. Yo no sé como corresponder á tan singulares beneficios; pero yo no puedo resolverme.

EUGENIA... Pues qué! ¿Te hallas por ventura casado en España? ¿Estás acaso comprometido con alguna española que no te ame acaso tanto como yo? No me has conocido con el modo de mirarte y de tratarte que yo queria hacerte dueño de todo mi corazon? ¿Qué quiere decir que no puedes resolvete? Expílicate.

GIL BLAS... Eugenia, ni estoy casado, ni estoy comprometido con ninguna mujer de este mundo; pero yo tengo unos tíos, á quienes debo

mi educacion. Estos al despedirme de su compañía me dijeron. Anda, ve á conocer el mundo y los hombres; pórtate con honradez; obra segun la nobleza de tus mayores, y sí asi lo haces, vuélvete á nuestra compañía, pero sino, huye de nosotros para siempre. Yo he procurado hasta hoy no deshonor con mi conducta el honor de los antiguos prohombres de Castilla, de donde desciendo. Del mismo modo pienso continuar en todos mis viajes y ocasiones que se me presenten, y obrando así, debo volver á la compañía de mis queridos tios; y cuando sepan la historia de mi vida, estoy seguro de que me recibirán con los brazos abiertos, y me darán la posesion de las ricas haciendas que disfrutaban en los reinos de Leon y Castilla la Vieja.

EUGENIA... Y tantas son las haciendas de tus tios, que te muevan mas que lo que tienen mis padres en Marsella?

GIL BLAS... No Eugenia, ni la riqueza de mis tios ni la de tus padres podrán influir jamás en la eleccion de mi estado. Las riquezas no dan la felicidad: por el contrario, suelen ser la causa de nuestras mayores desgracias. Están sujetas á los vaivenes de la suerte. Suelen perderse con menos trabajo del que ha costado adquirirlas. He visto á muchos ricos y poderosos, que serian infinitamente mas felices sino tuvie-

ran sino lo preciso para vivir. Yo veía en el emperador de los franceses el hombre mas rico y el mas poderoso de la Francia, y le veo ahora prisionero y desterrado á la remota isla de Santa Elena. Sino hubiera sido mas que un hombre comun, como yo, estaria libre á estas horas de esta fatal desgracia de la suerte. No, Eugenia, no serán las riquezas las que me muevan á elegir la que haya de ser mi compañera por todos los dias de mi vida.

EUGENIA. ¿Pues qué es lo que ha de moverte y que no has hallado en mí al parecer?

GIL BLAS. Yo no lo sé. Yo no he pensado en casarme hasta ahora. No puedo saber aun si me casaré. Por consiguiente no puedo saber que es lo que me moverá si alguna vez llego á casarme.

EUGENIA. Esas son disculpas, Gil Blas. Dí francamente que has dado palabra de matrimonio á alguna querida en España, y por esta razon no puedes comprometerte conmigo. Permite el cielo que cuando vayas á tu patria la halles ya casada con otro, lo cual no podrá sucederte conmigo, porque te juro, Gil Blas, no casarme nunca, si contigo no me casare. Haz tú aquí, en la presencia de mi mamá, un juramento igual, y entonces podré creer que no estás casado, ni comprometido.

GIL BLAS. Los juramentos, Eugenia, son una cosa muy séria. O no deben hacerse, ó despues de hechos deben cumplirse. ¿Cómo puedes saber tú si despues de mi ausencia te preñarás de otro jóven de mas mérito que yo, y de mayor utilidad y provecho para tus padres y para tí? Y en este caso, ¿por qué no has de casarte? ¿Por qué te has de ligar con un juramento que entonces te arrepentirás de haberlo hecho? No, Eugenia, no nos liguemos, ni coartemos nuestra libertad. Seamos siempre libres para obrar segun nos convenga. Yo no estoy casado, ni comprometido como te he dicho. Te doy mi palabra de no casarme sin tu licencia. Dame tú otra igual, pero sin juramento, de no casarte tampoco sin la licencia mia. Esto debe bastarnos á los dos. Si despues nos conviene enlazarnos lo haremos, y sino, no. Me parece que esto es lo mas que debemos hacer al presente.

ANTONIETA. Me parece, Eugenia, que ya puedes tranquilizarte. Bien conoces tú, querida hija mia, que una palabra de Gil Blas tiene tanta fuerza como la de una escritura. Cuando él afirma que no se casará sin tu licencia, no es capaz de faltar á lo que ofrece. En este caso ya tienes en tu mano el dejarle ó no dejarle libre. Tambien quedas tu en la misma

libertad de obrar despues segun vieres con-
venirte. Pero no dudes , hija mia , que Gil Blas
volverá á nuestra casa despues de haber cono-
cido que ninguna española será capaz de ha-
cerlo tan feliz como tú. En este concepto per-
mítele que se vaya á España , que la reconozca
toda , y ya verás como despues se acuerda de
tí , y de Marsella , en donde ha sido tan querido
de nosotros.

GIL BLAS. Es muy posible, Eugenia, que
suceda lo que dice tu mamá , porque yo te apre-
cio mas que á ninguna mujer de este mundo,
y jamás me olvidaré de los beneficios recibidos
de unos amos tan benéficos para mí. Permí-
tete pues cumplir lo que he ofrecido á mis tios,
y dejemos al tiempo que nos haga ver lo que
nos estará mejor.

En efecto , se conformaron todos tres con
el dictamen de Gil Blas , y á los dos dias em-
prendió éste su viaje para España embarcán-
dose en una goleta que dió la vela para la ciu-
dad de Valencia.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

libertad de obrar despues segun viere con-
veniente. Pero no hudes, hija mia, que Gil Blas
volviera á nuestra casa despues de haber con-
cido que ninguna española sera capaz de ha-
cerlo tan feliz como tú. En este concepto per-
mitelo que se vaya á España, que la reconozca
toda, y ya verás como despues se acuerda de
tí, y de María, en donde ha sido tan querido
de nosotros.

GIL BLAS. Es muy posible, Hugueta, que
suceda lo que dices tu mamá, porque yo le apre-
cio mas que á ninguna mujer de este mundo,
y jamás me olvidaré de los beneficios recibidos
de unos amos tan benéficos para mí. Termina
tamo pues cumplir lo que he ofrecido á mis tíos,
y dejemos al tiempo que nos haga ver lo que
nos espera mejor.

En efecto, se confirmaron todos tres con
el destino de Gil Blas, y á los dos dias em-
prendió este su viaje para España embarcan-
dose en una goleta que dió la vela para la ciu-
dad de Valencia.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

LIBRO PRIMERO.

- CAPÍTULO I.** Historia de D. Gonzalo Castromonte, hijodalgo notorio, etc.—Casamiento de este señor con doña Casilda Perez, mayorazga, y descendiente de la antigua familia de los Santillanas.— Esterilidad de esta señora, y entrada en su casa de un sobrino suyo, llamado Gil Blas. 7
- CAPÍTULO II.** Pasa Gil Blas á recibir su educacion en Salamanca.—Estudios y carreras que emprendió y no concluyó.—Vida y costumbres suyas en aquella ciudad, y su regreso á la casa de sus tios. 17
- CAPÍTULO III.** Examinan los tios á Gil Blas sobre sus estudios en Salamanca.—Diálogo curioso sobre su exámen entre los tios y el sobrino.—Salió este reprobado por sus estudios y doctrinas salamanquinas, y es despedido de la casa de sus tios. 31
- CAPÍTULO IV.** Entrada de Gil Blas en una

- de las famosas ventas de Castilla.—Gracioso lance que le aconteció con la ventera.—Trueque de su caballo por un gordo y rollizo macho.—Gracias y habilidades de este precioso animal. 39
- CAPÍTULO V.** Entra Gil Blas en la ciudad de Astorga.—Encuentra allí á su condiscípulo Celestino que le lleva á su casa.—Opiniones políticas de toda esta familia.—Sale Gil Blas de Astorga y emprende su ruta para Asturias por las Babias y puerto de Somiedo. 51

LIBBO SEGUNDO.

- CAPÍTULO I.** Descripción de la vida y costumbres de las Babianas.—Lance gracioso de estas con Gil Blas.—Encuentra Gil Blas á un raro hidalgo y señor del pueblo de Somiedo.—Estravagantes ideas, y rara vida de este pobre señor. 63
- CAPÍTULO II.** Entrada de Gil Blas en la casa del señor don Martin de la Pola de Somiedo.—Curiosas sesiones de este señor con Gil Blas.—Vende este su macho en Peñafior á buen precio.—Entrada de Gil Blas en Oviedo.—Primera

- sesion con el señor don Alvaro Flores Estrada. 75
- CAPÍTULO III.** Curiosa sesion de Gil Blas con el señor Florez Estrada sobre la declaracion de guerra al emperador Napoleon.--Fogosidad y entusiasmo de los Asturianos en esta terrible lucha.--Desordenada organizacion de los primeros regimientos militares.--Horroroso patíbulo del conde del Pinar y sus compañeros.--Salvacion casi milagrosa de estas víctimas. 89
- CAPÍTULO IV.** Razonan el señor Florez Estrada y Gil Blas, sobre las consecuencias de la guerra de la independencía, y sobre sus ventajas ó pérdidas.--Comparacion del gobierno representativo con el monárquico entre los romanos.--Visita Gil Blas el puerto de Gijon y la villa de Avilés.--Emprende despues su salida de Asturias para Santander. 105

LIBRO TERCERO

- CAPÍTULO I.** Sale de Asturias Gil Blas, y se dirige á Santander por Colombres y Santillana.--Huye Gil Blas de Santander y cae prisionero por las tropas france-

sas.—Mejora de suerte en su prision, destinándole á servir á un sobrino de un coronel francés.—Lectura del Quijote de Cervantes.—Idea de otro semejante Quijote.—Lance extraordinario con el sobrino del coronel. 115

CAPÍTULO II. Reflexiones de Gil Blas sobre la transformacion de su amo en una hermosa jóven.—Determinacion de ésta para que Gil Blas la restituyese á la casa de sus padres.—Entrada de los dos en la ciudad de San Sebastian 131

CAPÍTULO III. Graciosa sesion de los padres de la jóven con el tesoro del coronel.—Salida de Gil Blas de San Sebastian para Marsella.—Ocupacion de Gil Blas en esta ciudad durante la guerra de la independenciam en España. 143

CAPÍTULO IV. Venida de Napoleon á España.—Restituye á su hermano el palacio de Madrid.—Arroja los ingleses al agua.—Le declara la guerra el emperador Alejandro.—Campaña de Rusia.—Fin y muerte del ejército francés.—Batalla de Waterloo.—Prision de Bonaparte. . . . 153

EL CIELO

El cielo es un libro que se abre
y se cierra con la luz y la sombra.
En sus páginas se escriben
los secretos de la naturaleza.
El viento susurra sus palabras
y las estrellas brillan como
perlas en un manto azul.
El cielo es un libro que se abre
y se cierra con la luz y la sombra.

D. F. G. B. S. T. I.

TOMO SEGUNDO

MADRID

IMPRESA DE DON ANTONIO RUIZ

1808. - Napoleón Bonaparte invade España.
- El ejército francés entra en Madrid.
- El rey Fernando VII huye a Bayona.
- El pueblo de Madrid se levanta.
- El 2 de mayo se declara la guerra.
- El ejército francés se retira.

Continúa en el capítulo de...
- El ejército francés se prepara para la batalla de Bailén.
- El 19 de julio se libra la batalla.
- El ejército francés es derrotado.
- El ejército español se libera.

Continúa en...
- El ejército francés se prepara para la batalla de Bailén.
- El 19 de julio se libra la batalla.
- El ejército francés es derrotado.
- El ejército español se libera.

Continúa en...
- Venustiano Carranza es elegido presidente.
- Carranza declara la guerra a Huerta.
- El ejército de Carranza se libera.
- Carranza declara la guerra a Huerta.
- El ejército de Carranza se libera.

Continúa en...
- Carranza declara la guerra a Huerta.
- El ejército de Carranza se libera.
- Carranza declara la guerra a Huerta.
- El ejército de Carranza se libera.